

## NOVELA ORIJINAL

---

### HUAYNA CAPAC

Por FELIPE PEREZ

Amigo Alpha:

Confiado en la opinion de U, me atrevo a dar a la prensa la série de novelas históricas que de algun tiempo atras tengo escritas, i que pueden reputarse como un bosquejo de las últimas décadas del imperio de los Incas. U. me conoce demasiado para ver, en esta resolucion mia, algo que parezca o sea pretensioso. Contribuir con mi óbolo a la formacion del tesoro de nuestra naciente literatura —tal es mi pensamiento—.

No crea U. que se me ocultan los defectos de que adolecen mis novelas, pues a las dificultades que ordinariamente asedian este jénero de trabajos literarios, por superiores que sean el talento i la instruccion del que los emprende (supuesto falso en el caso en cuestion), en esta vez la tarea ha sido doblemente espinosa, si se atiende a que ella se refiere a sucesos que tuvieron lugar en una época remota i en el seno de una civilización especial, débil o absurdamente transmitida hasta nosotros por cronistas baladíes o exajerados. Pero lo diré a U. con franqueza: estos defectos en nada me arredran, pues son precisamente los mismos en que hubiera incurrido cualquiera que hubiese querido ensayar los recursos de su ingenio en teatro semejante; i esto porque yo he seguido la historia indiana hasta sus últimos desenvolvimientos. Cierto es que donde me ha faltado su luz he quedado a oscuras, pero ¿quién puede ser, en ese horizonte de tinieblas, el que señale mis errores, quién el que censure mis pinceladas?... Esto por un lado; por otro ¿es por ventura obra tan pequeña trasladarse a esos países que U. i yo hemos recorrido, i trasladarse a pintarlos con los flojos recursos del lenguaje, toda vez que ellos imponen la mente de admiracion? I a pintarlos cómo? Habitados por razas desconocidas, cuyos trajes son plumas, cuyas armas son mimbres, i cuya habla es el grito articulado del salvaje! I si no es pequeña la tarea ¿por qué no disimular sus defectos?

Es cuando se ha tenido la pluma ociosa sobre el papel hasta que se le ha secado la tinta, por no saber cómo trazar una palabra *indijena*, que mas remeda el grito del ave o el rujido de la fiera que un acento del sér

racional; es entónces, digo, que se comprende lo difícil de la labor que he emprendido. Labor algo mas que ingrata en nuestro país, fríjido como la cumbre de sus montañas.

U. el bizarro escritor de la "Peregrinación", que mas de una vez habrá experimentado ese fenómeno de impotencia moral i material, tan comun en los escritores que se salen de su época i de su nacion, acaso haga justicia a mis esfuerzos; al paso que otros los califiquen de *empalagosos*, cuando no de pedantescos. Pero ello es que el mundo es así; i agradarlos a todos solo lo puede Dios, quien parece que no lo ha querido.

Mi coleccion de novelas indianas, ya que U. lo quiere, será lo que nutra el folletin de "El Tiempo" por algunas semanas. Siguiendo el órden cronológico, empezaremos por *Huayna Capac*, que es la novela que sirve de introducción a *Atahualpa*; el resto irá después, segun las circunstancias lo permitan.

Como su periódico es el que publica, allá se las avenga U con el público.

EL AUTOR

Bogotá, 31 de diciembre de 1855.

— I —

En la América del Sur, ácia su extremo occidental, se dilataba hace hoi cuatro siglos i medio el imperio poderoso de Tavantinsuyu — sin rival en el mismo continente, i segundo en el hemisferio americano. Estendíase desde el Chimborazo i el Soratá hasta el Pazífico; i desde el Atacama hasta el Rumichaca. De modo que estaba encerrado entre el océano de agua i el de arena, i entre los volcanes de cráter altísimo i el rio de lecho subterráneo. Serviale de doble muralla el cordon montañoso, largo como la orilla del mar, que se alza en picos desiguales, i se parte en cordilleras menores; alcanzando muchas vezes su lomo hasta la rejion de las nieves. Sobre estas dilatábanse en copos las exhalaciones de volcanes que acaso no son ya sino montes de ceniza; i entónces bastaba tal vez el humo de sus bocas a sombrear la zona rojiza del arenal, que junta las bases de su cadena de cerros con las costas del mar del Sur. Ningun raudal copioso se desataba ácia estos costados de los Andes, en extremo vecinos del Océano para el alimento de grandes corrientes, como las de los opuestos, en los inmensos yungas (valles) del Amazónas, del cual es tributaria toda la parte oriental, por enormes rios como el Tungurahua, que lleva su curso por entre dos cordilleras, i el Apurimac que, rico con las aguas de cien afluentes, entra bajo el nombre de Ucayale en el opulento Marañon — el Mississipi del Sur. Hoi nacen, se mezclan i mueren esos mares torrentosos en una sucesion de soledades; entónces se deslizaban a la vista de sus dueños, i podía decirse que por entre un cauce de pueblos. Encontrábanse en las sabanas frias rebaños (oveja peruana) de vellon tupidísimo, vagando en tropa numerosa; i a la sombra del bosque, o en el umbral de la gruta, reverberaban los grandes ojos del yurag-taruga (ciervo blanco), cuya frente enrejada de astas grises, semejaba la copa de un árbol despojada de sus hojas por el invierno. Pero en el fondo de los valles el

ardor equinocial animaba aun mas la naturaleza, i multiplicaba la vida. Allí el otorongo (tigre), rei de las selvas americanas, cruzaba de ladera a ladera diezmando los zoches silvestres, que pastaban en manadas bajo el ojo de águila del ullahuanga (chicora) que desde las nubes seguía la garra de la fiera, para descender a cebarse en los rezagos del festin. Entre el tapiz herboso se elevaba el rumor del córalo de mil colores, semejante a una cinta de llamas; i en los sitios ribereños del Guayas se arrastraba el corpulento caiman, desatando de sus fauces de reptil espesas ondas de almizcle, i azotando con su cola de pez el cieno de las orillas. El vagra (danta), el puma, solo inferior al leon líbico, el puca-puma (leopardo), color de brasa en el vientre, el yana-puma (leon de las aguas), de rujido estentóreo, i otros hijos del desierto moraban bajo el aduar del salvaje i le disputaban su dominacion, al abrigo del ahuano de tronco colosal, i hartos con el fruto de las cimbradoras palmas del bosque. Mas el inmenso territorio de Tavantinsuyu ofrecía amplio espacio al hombre i al bruto, que en ausencia de la civilizacion intelectual, detenida del otro lado de los mares, vivian en guerra abierta desde el Yaguarcocha, o "lago de sangre" hasta la "colina de plomo" o Titicaca, separados por los ardientes arenales que se pliegan en médanos movibles; i desde el Putumayo hasta el Biobío.

En vano la naturaleza había hecho estériles i el clima había retostado las rejiones del Oeste, que no borbotaban ni un solo manantial, ni recibian una gota de agua del cielo. Los de Tavantinsuyu horadaban los cerros i derramaban por canales subterráneos sus aguas sobre las esplanadas ingratas; o si no, escalaban los estribos de la cordillera, fijando en sus variadas alturas, como gradas, sus poblaciones, buscando por este medio la fecundidad, desde sus faldas calorosas hasta sus cimas de páramos. Así es que los apriscos, los huertos i los caseríos que se enlazaban por todas partes, venian a formar una cadena de prodijios de arte i de laboriosidad, cuyo resultado era la opulencia de sus artifices.

Descendientes los de Tavantinsuyu de la raza rescatada por Manco, que había echado los cimientos del Cuzco, por prevención divina, en el centro del imperio, formaban una nación numerosa i adelantada en los progresos de la vida. Las ciudades eran verdaderos monumentos de grandeza arquitectónica, i estaban dispuestas en calles de extraordinaria longitud, pues las había de tres leguas. Sus palacios de piedra viva donde apenas medio se percibe la union de las partes, eran la obra de millares de hombres por centenares de años. Sus templos estaban revestidos de láminas de metales preciosos; i en sus bóvedas no moría el eco de los cánticos de las Virjenes del Sol, ni en sus altares se apagaba durante el año el fuego sagrado. Tenian magníficas vías militares, sembradas de tambos abastecidos; i cementerios pazíficos, sin mas cúpula que el cielo, ni mas adorno que las flores silvestres.

El espíritu conquistador de este pueblo singular era insaciable. Así es que despues de haber ensanchado su poderío hasta el Maule bajo el glorioso Yupanquí, por el Sur, volvieron la faz al setentrion, i a las órdenes de Huayna vencieron i sujetaron la nacion de los Quitus, fuerte i populosa; nacion que tendió la cerviz al yugo, i escondió en lo íntimo de su corazon el anhelo de la venganza con el amor de su *independencia*.

Repasemos ahora en las páginas del historiador los rasgos privativos de la organización política de este imperio: en ellas están trazados con su propio colorido; i nosotros necesitamos conocer algo el pueblo de cuya vida vamos a presenciar varias escenas.

El país estaba dividido en cuatro partes como claramente lo indica su nombre. Rejía cada una de ellas un Apunchic (especie de virei), que era siempre de la familia del Inca, el soberano absoluto. Despues de los apunchicuna\* seguian los Curacas, jefes de las provincias i ajentes subalternos de aquellos. Por lo que hace a la población en jeneral, dividiase en decurias, centurias, millares &.<sup>3</sup>, con un Chunga, Pachsac, Guarangacamayuc (decurion, centurion, milenario) a la cabeza, segun el número, que cuidaba de los derechos de su tribu i entregaba los criminales al brazo de la justicia.

Esta se administraba por una série de Tribunales, establecidos a razon de uno por cada poblado para los delitos de menor cuantía, los que se castigaban dentro del improrrogable término de cinco días, contados desde la captura del reo; pues para los de mayor existian otros, sin apelacion, con residencia fija en las capitales de los departamentos.

Los Tribunales inferiores tenian el deber de dar cuenta periódicamente a los superiores, para que estos la diesen a su vez al Inca, de las sentencias pronunciadas; i no obstante esta prudente medida, todos los años recorrían el país visitadores *ad hoc* para oír las quejas i decidir los reclamos de los naturales.

Las leyes entre los moradores de Tavantinsuyu, como las de todos los pueblos en su pristina civilización, eran pocas, pero suficientes. El robo, el adulterio i el asesinato se castigaban con la pena de muerte. Así mismo se castigaban con dicha pena las blasfemias contra el Sol i las maldiciones al Inca. Borrar los linderos de los terrenos, destruir los mojones, cegar las fuentes, incendiar las casas &.<sup>3</sup>, eran todos delitos que se miraban como enormes.

Cuando una ciudad o provincia se rebelaba contra su señor natural, se la asolaba para siempre. El llamado delito de *lesa* majestad era el mayor de los crímenes.

Así como existía una division política i otra judicial, existía una territorial, que separaba el haz del país en tres porciones; una perteneciente al Sol, su deidad suprema, otra al Inca i otra al pueblo.

Los productos agrícolas de la primera porcion se aplicaban el mantenimiento del culto, cuyos gastos eran crecidísimos, debido al esplendor de los templos i a lo numeroso de los sacerdotes; los de la segunda al mantenimiento de la nobleza; i los de la tercera se distribuían, *per capita*, entre los habitantes.

---

\* Tal vez no sea fuera de propósito recordar aquí a nuestros lectores, que uno de los modos de formar el plural en la lengua quichua, es añadiendo la terminación *cuna* al singular.

La tierra se trabajaba en comun i en este órden: primero la perteneciente al Sol; despues la perteneciente a los ancianos, viudas, huérfanos, enfermos i soldados en servicio activo; i últimamente la del Inca. Las leyes agrarias del país solo concedían el dominio útil sobre la tierra cultivable, i eso por el limitado término de un año, pasado el cual volvía toda a la masa comun.

En cuanto a las manufacturas se observaba un órden semejante al de las tierras. Las innumerables manadas de rebanos que vestían el país en todas direcciones, i que eran de la esclusiva pertenencia del Sol i el Inca, estaban a cargo de pastores entendidos, que enviaban a las ciudades los machos para el abasto de la nobleza i los sacrificios relijiosos; i que en las estaciones correspondientes esquilaban los rebaños i remitían los esquilinos a los almacenes públicos. Una vez estos allí, se repartían entre las familias proporcionalmente para su vestido, cuya hechura estaba a cargo de las mujeres i los niños.

Por lo espuesto se ve, que en este raro país, sin ejemplo en las historias, en primer lugar dominaba el sentimiento relijioso, en segundo el sentimiento popular, i en tercero el de la reyesad; i que, aunque rejido por un despotismo autocrático en combinación con las doctrinas socialistas modernas, que tanto ruido meten hoi en el mundo político, no presentaba un todo grotesco; al paso que su gobierno, sobrepujando en bondad al patriarcal, se confundía por su escelencia con los encantos de la fábula.

## — II —

Huayna Capac ántes de ceñir su frente con el llauta o cordon rojo, emblema de la dignidad inca, había sometido al poder de su padre Yupanqui el país floreciente de los Quitus, como quedó dicho en el capitulo anterior. Durante las campañas de esta conquista conoció i se enamoró perdidamente de la bella hija de Cacha Duchinchela, último Scyri (señor) de aquel reino, de quien tuvo un hijo llamado Atabalipa.

Miéntas que el conquistador introducía su lengua i sus costumbres en los países conquistados, Atabalipa crecía querido de los suyos (quienes no podían ménos de ver en él un vástago de los antiguos Scyris), i viviendo siempre en medio de la algazara de los campamentos; vida del todo militar, de la que se había hecho un hábito por haber acompañado siempre a su padre al campo del honor.

Era Atabalipa de jenio impetuoso i atrevido, mui dado a la carrera de las armas i de carácter enérgico. Su astucia, así como la precocidad de su desarrollo, le habían hecho granjearse la voluntad de varios ñusticuna (nobles) del Cuzco, entre los cuales figuraban los apusquipaycuna (jenerales) mas aguerridos i de mas acreditado valor; a quienes hacía frecuentes i señalados servicios, merced a la privanza que alcanzaba de Huayna Capac.

Aunque jóven, Atabalipa había comprendido que le esperaba un porvenir halagüeño si lograba hacerse el ídolo de los conquistadores de su

país, toda vez que de los sometidos Quitus nada tenía a qué aspirar; por lo que no omitía esfuerzo alguno, a fin de hacerse un auqui (príncipe) digno bajo todos aspectos; esmerándose en su educación i popularizándose hasta donde le era posible.

Empero, en medio de estos sueños de ambicion, del intenso cariño de su padre i del favor de los ñusticuna i del ejército, un malestar continuo aquejaba a Atabalipa, un pensamiento constante le traía meditando i aflijido. "Soy bastardo!" se decía frecuentemente, recorriendo ora su estancia suntuosa a grandes pasos, tirándose ora desesperado sobre su blanco lecho de vicuña...

Mas, pasadas aquellas breves tempestades de su corazón, i serenado un tanto su espíritu, acaso porque no desconfiase enteramente de su suerte, volvía Atabalipa a revestir su semblante de calma, i a abrillantar sus ojos, de mirar siniestro, con el fuego inmenso de su juventud i de su orgullo. Entónces era casi hermoso Atabalipa: sus negros lacios cabellos caian sobre sus hombros en caprichoso desorden, ceñidos por una faja azul, ornada de las vistosas plumas que su huachi (flecha) certera había arrebatado, tintas en sangre, a las aves del bosque natal; i cuyas flotantes estremidades venian a perderse entre los oblongos pendientes de sus orejas. Una túnica, blanca como la escarcha, puesta con desgaire sobre su hombro izquierdo, i recojida con una faja, tambien azul, sobre su cuadril derecho, dejaba admirar su membruda diestra, adornada del rico brazalete, i armada del estolica (venablo), siempre listo para la pelea.

Pero no solo Atabalipa era hijo de Huayna Capac, éranlo también Manco e Illescas, que llegaron a ser incas, y Yuti Gusi Huallpa, despues Huascar, Huascar el jeneroso, el pazífico; Huascar, si no el mimado del Inca, sí el digno heredero del cordon rojo i el ornamento de la familia real.

Pocas primaveras mayor que Atabalipa i educado para el gobierno de Tavantinsuyu, había pasado su niñez en las cercanias de la sagrada Cuzco, sustraído al poderoso influjo de la ambición i a las adulaciones de los ñusticuna; pues ademas de ser aquella contraria a su jenial modestia, podía decirse que se hallaba colmada desde su nacimiento con la brillante perspectiva del país de que sería dueño absoluto.

Huascar, a diferencia de su hermano Atabalipa, no tenia otro amigo ni confidente que su madre Coya, esposa i hermana de Huayna Capac, por la que tenía un respeto santo i un cariño inmenso. Los ratos de ocio que le dejaban las faenas de su educación, los pasaba en su compañía, entregado a los coloquios mas dulces i a las caricias mas tiernas. Caricias casi siempre acibaradas por el llanto que un hondo i fatal presentimiento hacía derramar a aquella noble mujer; i cuya causa nunca osaba descubrir a su hijo, temerosa de dar ella misma principio a los infortunios del objeto de su amor.

—"Madre, por qué lloras? solía preguntar Huascar a Coya; i esta, en vez de responderle, lo estrechaba fuertemente contra su pecho, cubriendo de ardientes besos su amarilla i despejada frente. Huascar, sin apercibirlo, lloraba también; i lloraba sus futuras desgracias i padecimientos. Noches enteras se los vió asidos i entregados al mas acerbo dolor, bajo

los capulíes del jardín, sin que el frío los importunase, ni el tiempo pasase para ellos; hasta que con los primeros resplandores del día, volvían al aposento de uno de los dos a anudar sus interrumpidos coloquios. Jamas hubo hijo mas amante ni madre mas tierna.

Cuántos momentos de felicidad (porque a pesar de sus lágrimas ellos eran felices) pasaron así Huascar i Coya! Cuántos momentos! en que no parecían sino nacidos el uno para la otra — la madre enamorada del hijo, i el hijo de la madre; pero enamorados con ese amor que a nada aspira, que nada desea, que está satisfecho de sí mismo, en fin. Ese amor que no puede confundirse con el de Safo, Elvira o Isabel; que no se disminuye con la ausencia; que no perece con la criatura, plegando sus alas con el ángel de la muerte sobre la helada baldosa del sepulcro; i que no se profana jamas. Lo diremos de una vez: con ese amor que solo comprende la que ha sido *madre* i el que sabe ser *hijo*.

Dichosos ellos! Cada calle del jardín les recordaba una conversación, cada piedra del llano un lijero descanso. El viento remedaba sus suspiros en el follaje de las arboledas, las fuentes el sonido de sus besos, i la urpai (tórtola) jembunda del bosque, sus lamentos.

El carácter opuesto de Atabalipa i de Huascar, i la predilección de Huayna Capac por el primero, tenían preocupados a los ñusticuna de tiempo atras, pues no podían ménos de ver en esto la simiente de las futuras discordias de Tavantinsuyu. Los mas avisados empezaban a combinar sus planes. Los comentarios se multiplicaban. Las esperanzas crecían; cuando he aquí que las fiestas habidas con motivo de la mayoría de edad del auqui Huascar, el heredero del llauta, vinieron a hacerlo olvidar todo a algunos para cuidarse únicamente de los regocijos i de la diversion. Decimos a *algunos*, porque otros, como mas avisados, opinaban que el mejor tiempo para conspirar es aquel en que están gobernantes i gobernados aturdidos con el estruendo de una fiesta pública.

### — III —

Dábase el nombre da amaatacuna entre los de Tavantinsuyu a los filósofos o sabios encargados de la conservación i cultivo de la ciencia en el país. Estaba ademas encomendada a estos la educacion de los hijos de los ñusticuna, i especialmente la del auqui o príncipe heredero.

Versaba esta educacion sobre la religion i las tradiciones históricas, la comprensión i formacion del Quipus, su sistema de escritura, i el lenguaje peculiar de los ñusticuna. Pero donde sobresalía particularmente, era en el ramo militar, a causa de haberse hecho la guerra la ocupación favorita de los Naturales, por la sed insaciable de incremento que desde Pachacute, el *conquistador*, se había desarrollado entre los incas.

Reducíase la educación militar al manejo de las armas, que fabricaban de mimbre, chonta i cobre mezclados, por desconocer el uso del fierro o los medios de su laboreo. Eran estas el huactana (mazo), la turpuna (especie de alabarda), la tuccina (espada corta), la huaraca (honda) i otras varias de que hemos hecho mencion.

La huallacanga (rodela), que construian de dura piel de vagra, era su única arma defensiva.

La carrera, el salto, la lucha i la natacion completaban el aprendizaje.

Hácese subir hasta Roca el *prudente*, la fundacion de los establecimientos de enseñanza.

A unos mil o mil quinientos pasos de la sagrada Cuzco, capital de Tavantinsuyu, i no léjos de un edificio de forma cuadrangular, que se alzaba como una gran pirámide de granito entre el verde follaje de las arboledas, i por cuyo frente corrian murmuradores algunos arroyuelos, conversaban familiarmente un Amauta i Huascar.

El sol tocaba ya en el meridiano, i el día estaba brillante. Las brisas de las montañas, reinantes en aquellos parajes, impregnaban el aire de floripondio i abancai. Cien pájaros de gayo color cruzaban en tropa la atmósfera tranquila.

—Al fin, hijo del Sol, decía el Amauta a Huascar, va a llegar el día deseado de tu segunda edad. Los ñutiscuna se preparan para celebrarlo con pompa, el pueblo se regocija por él, i tu padre mismo, abandonando el campo de sus triunfos, ha venido desde el distante Quitus a presenciarlo. Plegue a Aquel que da vida i sostiene al Universo, colocarte bajo su mano protectora!

—Sí, Amauta, Huascar contestó, ya va a llegar ese ansiado día. Pero ¡ai! tú no sabes cuánto, i sin saber por qué, la aproximación de ese día lastima mi sér. Creo verlo venir bajo los funestos auspicios de Cupay.\*

—Lo sé, Huascar, lo sé; pero tú debes alejar de tí esos presentimientos vanos, que, mas que otra cosa, los recelos de Coya te han suscitado. Aléjalos, Huascar; ahora mas que nunca necesitas de toda tu entereza, puesto que vas a parecer a los ojos todos de Tavantinsuyu con la solemnidad que cumple al hijo primero del Inca, al escojido de Pachacamac\*\* para hacer la felicidad de los suyos. I como ha llegado el momento de hacerme mis últimas amonestaciones, óyelas, hijo del Sol, ahora que tu padre está en la mitad de su carrera, i despide sobre tu pueblo su lumbre bienhechora.

Calló el Amauta, i reconcentrándose guardó por algunos momentos un silencio sublime. Luego, estendiendo su brazo derecho ácia Huascar, exclamó con voz elocuente i conmovida:

—Hijo del Sol! va para algun tiempo que, niño aún, viniste a donde mí a iniciarte en los preciosos misterios de nuestra religion, a aprender la ciencia del gobierno i a hacer tu cuerpo apto para el combate i fuerte para la fatiga. Hoi, debido a mis cuidados i desvelos, has terminado de un modo satisfactorio tu educacion; por lo que confio en tu padre que me oye, que llegará la época en que por tus virtudes i saber seas el orgullo i

\* Espiritu malo.

\*\* Dios supremo.



sosten de tus pueblos. Sé manso, hijo del Sol, con los soberbios, pazífico con los vecinos, jeneroso con todos; para que así, i sin apartarte nunca del sendero que el Dios Supremo ha trazado a sus escojidos, vengas a ser el inca mas grande de la sagrada descendencia de Manco, nuestro celeste fundador. Si tal obras, la tierra se verá cubierta de sara (maíz) i rebanos; nuestros cielos estarán siempre azules, nuestras aguas puras, i no faltarán nunca al bosque ni su verdura ni sus aves; tu pueblo se multiplicará como las hojas de los árboles; crecerá Tavantinsuyu en poder; i tu irás a reunirte con tus mayores en medio del llanto jeneral.

Calló el Amauta: su rostro estaba sereno, su mirada discurría apacible.

Huascar, vencido por la emocion, dobló la rodilla sobre la grama del prado, i rindió en silencio culto a su padre el sol, cuyo disco de fuego despedía torrentes de vívida luz por todos los ámbitos del espacio.

Pasados algunos instantes, Huascar se puso en pié i habló largo rato con el Amauta, aunque ya en un estilo mas familiar. Limitose el último a dar al primero algunos consejos sobre el modo cómo debía comportarse en el huaraco o fiesta de la mayoría de edad de los hijos de los ñusticuna i príncipes de la sangre; i al manejo disimulado, aunque cariñoso, que debía tener con Atabalipa. “Hermano de quien debes desconfiar, decía él, por sus miras ambiciosas; i en quien has tenido i tendrás siempre el mas temible de tus enemigos encubiertos”.

Oyó Huascar las palabras del Amauta como las de uno de sus oráculos, pues era su maestro, i como a tal le profesaba alto respeto i gran veneracion.

—Pobre Huascar! exclamó el Amauta al separarse, tu corazon no te engaña, i los presentimientos de tu madre son por desgracia fundados. Empero, el cielo me dice que cuide de tí, que no te abandone. Anda, Huascar, descuidado que yo te custodiaré.

#### — IV —

El sol acababa de ponerse, i, segun costumbre, Huayna Capac se había sentado a comer, rodeado de los ñusticuna de su servidumbre i de los camayucuna (oficiales) mas distinguidos del ejercito. Mas, mientras se conversaba entre ellos de los graves asuntos del país, de los incidentes curiosos de la conquista de Quitus i de la fiesta espléndida del dia siguiente, pasaba en una de las mas apartadas estancias de palacio la escena que vamos a referir, i que acaso pueda interesar a nuestros lectores.

Era esta estancia un paralelógramo de veinte pasos de lado. Sus paredes, de argamasa petrificada i tersas como mármol, estaban revestidas de finísimas tejas rojas bordadas de plata. Diez o doce pieles de bayo puma, i varios cojines de blando asiento, puestos en hileras, brindaban un mullido descanso. En las paredes había nichos ojivos con arbustos i pájaros manufacturados, resplandecientes de oro i pedrería; i del techo colgaban cinco lámparas, que exhalaban un olor fragante i puro.

La puerta de esta hermosa estancia daba, como todas, a uno de los patios de palacio, i en ella conversaban, en dialecto extranjero, dos apusquipaycuna de porte airoso i traje distinguido.

—I bien, Quizquiz, decía el uno, no créés como yo que ha llegado el momento de obrar?

—Lo creo, Challcuchima, respondió el interpelado secamente.

—I opinas...?

—Opino lo que siempre, respondió Quizquiz con solemnidad: opino que ya hemos esperado demasiado; que es mucha nuestra tardanza, que millares de yanacuna (esclavos) aguardan de nosotros la devolución de su unancha (bandera—símbolo de libertad), i que ya es tiempo de devolvérsela, o de perecer...

—Silencio, Quizquiz! Una palabra, una sola palabra, i estamos perdidos. Justas son tus observaciones; pero tú bien lo sabes, nuestro Dios no nos ha favorecido.

—Pues ya es tiempo de que nos favorezca, o de perecer. Challcuchima! juremos por aquellas personas que nos son tan queridas, que ántes de dos lunas estaremos en marcha para Quitus.

—Quizquiz, dispon de mí, dijo Challcuchima con entereza.

Hubo entónces un largo rato de silencio, interrumpido solo por el rumor lejano del banquete del Inca, ménos frugal en aquella ocasion, i mas prolongado que de costumbre.

Quizquiz i Challcuchima continuaron pensativos en el quicial del aposento.

—Tienes la jente preparada? preguntó al fin el primero.

—Sí.

—Su número?

—Pasa de tres mil.

—No es suficiente.

—Te respondo de su valor.

—Estoi seguro de él; pero eso no es bastante.

—Probemos.

—Es mucho suponer.

—Quizquiz! no mas vacilaciones; demos el golpe; yo te respondo del buen resultado. Fuera de los comprometidos, tenemos partidarios decididos en el ejército, simpatías entre los ñutiscuna i el pueblo, i de Quitus mismo vendrán en nuestra ayuda millares de guerreros.

—Así es la verdad, Challcuchima; pero aun no estoi decidido por ese proceder ruidoso i desesperado. Lo que debemos buscar es la seguridad del éxito, i no el escándalo. Un contratiempo (lo mas natural., el mas leve contratiempo, i todo está perdido; i perdido para siempre: tu vida i la mía pagarán nuestra temeridad, i la libertad de Quitus se hará imposible. Tengo mas edad que tú, Challcuchima, i la esperiencia, a costa de mil vicisitudes, me ha enseñado a ser prudente. Nuestra idea de revolucionar

el Cuzeo para lograr nuestro intento, haciendo estallar sediciones en varios puntos, i provocando guerra a Huayna Capac en el corazon de sus dominios, al pedirle cara a cara, i con el estolica i la huallacanga en la mano, la libertad de Quitus, es propia de estos atrevidos conquistadores, ausiliados por el brio de su jenio i la pujanza de sus armas; pero no lo es de nosotros. Prudencia, Challcuchima, prudencia, i acaso llenemos nuestra mision.

—Sea como tú dices, Quizquiz; pero no desmentiríamos nuestra estirpe, ni faltaríamos a nuestra palabra de fidelidad, pidiendo, como representantes de Quitus, en la mitad del dia i en su mismo tiana (silla o trono) a Huayna Capac, la libertad, sin condiciones, para nuestro pueblo; a reserva, eso sí, de demandársela como apusquipaycuna en el campo de batalla, caso que nos la niegue. Créeme, Quizquiz, esta conducta de parte nuestra, merecería el encomio de los presentes i futuros, i si no nos da la victoria, por lo ménos nos granjea la admiración, i nos conserva el honor.

—Bello, mui bello es eso; tan bello, que es irrealizable. Huayna Capac nos desconocerá como representantes de Quitus; i si nos pronunciamos como apusquipaycuna, nos mandará ahorcar como rebeldes. Desengáñate, Chalchucima, no se trata de hacer ruido por medio de proyectos sorprendentes (al ménos eso creo yo): de lo que se trata es de dar un golpe seguro, que la justificacion vendrá mas tarde, caso que sea necesaria para hombres que pelean por su libertad perdida i sus derechos hollados... ¿Qué razon plausible tuvo Huayna Capac para entrar a sangre i fuego en nuestro suelo pazífico, i no dejar de combatirnos hasta que vió el iris de sus insignias tremolar sobre las cumbres del Pichincha? Ninguna, me dirás; pero eso qué importa? el guerrero, i principalmente el guerrero conquistador, solo debe preguntarse si puede lo que intenta, porque si puede, el resultado lo justifica todo. Nosotros, a diferencia de Huayna Capac, no movemos guerra por espíritu de conquista, sino por espíritu de libertad; i la movemos como podemos. Si nos derrotan, seremos traidores, es cierto; pero tambien lo es que si vencemos, seremos héroes. Vamos, Challcuchima, depon tus recelos; i obremos como mas convenga a nuestros intereses, mejor dicho, a los de Quitus; i no como sea mas hermoso.

—Quizquiz, te he dicho que dispongas de mí como lo creas mas conveniente.

—No, yo nunca dispondré de tí, porque eso sería suponer que yo era el director de este negocio, el jefe de la conspiracion (porque es una verdadera conspiración, amigo Chalchucima, agregó Quizquiz con sonrisa burlona); la cosa es mui al contrario. Lo que haremos será que ninguno disponga del otro, para que ámbos podamos servir a un tiempo a nuestra causa.

—I bien, qué haremos?

—Si tú lo adoptáras, yo tengo concebido otro plan.

—Veámoslo.

—Plan tal vez ménos *noble* que el primero (Quizquiz pronunció esta palabra con énfasis picaresca), el cual debemos abandonar enteramente; pero plan de una realizacion segura.

Al decir esto, Quizquiz se arrimó al oído de Challcuchima i le dijo algo, en voz tan baja, que nadie hubiera podido percibirlo, aun cuando hubiese estado a una línea de los dos. Challcuchima le oyó con imperturbabilidad, sin que los músculos de su cara se contrajesen, ni su corazón dejara oír el mas ténue latido, como hombre que estaba hecho a impresiones de todo jénero. Pero ese *algo* debió ser horrible sin duda, a juzgar por la mirada fija e inquisidora con que Quizquiz lo cubrió por más de un segundo.

—Lo has meditado bien? preguntóle Challcuchima con frialdad.

—Por supuesto que sí.

—Pues manos a la obra.

—Es decir que no vacilas?

—Yo?

Había en este *yo* de Challcuchima, todo el orgullo de un hombre que se rie del peligro.

—Está bien, añadió Quizquiz, veré al Umuc (hechicero). Acaso sea preferible el brevaaje al dardo...

Un grupo de camayucuna de la servidumbre de Huayna Capac, que acertó a pasar por la puerta de la estancia en que tenía lugar el misterioso diálogo que estamos refiriendo, le puso término; pero no antes de que Quizquiz dijese a Challcuchima:

—Importa mucho hablar esta misma noche a Atabalipa: en las grandes empresas nada debe desperdiciarse.

— V —

La noche había entrado hacía seis horas. La luna pálida i fria empezaba a declinar en el horizonte entre torbellinos de infinitas nubes, i Quizquiz i Atabalipa, paseándose tranquilamente en una de las avenidas de la gran vía, conversaban con calor.

En el extremo de la avenida un hombre les servía de escucha, descansando con todo el cuerpo sobre su luciente turpuna.

El aire de Atabalipa era melancólico i pensativo, sus vestidos estaban desaliñados i su cabellera sin rizar.

—Atabalipa, decía a este Quizquiz, clavándole su mirada de águila, al tiempo que un rayo mortecino del astro nocturno bañaba su descolorida faz; Atabalipa, te he buscado para que, como en tiempos mas dichosos, hablemos de la patria natal: son tan dulces las emociones de su memoria.

—No, Quizquiz; no hablemos de nuestra patria, harto desgraciada para inspirarnos placer: esto me pondría mas triste de lo que estoi. Hablemos mas bien de la fiesta del venidero dia.

Quizquiz se sonrió con satisfaccion: era todo lo que necesitaba. I luego, como eludiendo el tema que le brindaba Atabalipa, preguntole:

—Por qué estás triste?

—Vaya una pregunta! Por qué estoi triste, Quizquiz? porque la noche próxima anterior al día de la mayor edad de aquí *lejítimo heredero del cordón rojo* (Atabalipa pronunció estas palabras con acrimonia, al tiempo que sus ojos despedían una luz siniestra), produce en mí, como debe producir, un efecto tan agobiador, tan desesperante, que turba mi razón, i casi reduce a pavezas el candente volcán que arde en mis entrañas. Ah! para esa turba estúpida que mañana saludará a Huascar como a Inca, yo no seré mas que el BASTARDO; miétras que él, él será *el hijo del Sol*, como apellidan estos conquistadores soberbios a sus gobernantes!

Quizquiz nada observó, cual si se complaciera en la desesperación de Atabalipa, o le parecieran sobrado justas sus razones; i este, cojiéndose la cabeza con ámbas manos, fué a apoyarse contra un carcomido tronco de la vecindad.

—Bien, pensó Quizquiz, el estado del ánimo de Atabalipa no puede ser mejor para nuestros planes. Su precoz ambición es la poderosa arma que la Divinidad, protectora de nuestra causa, coloca en nuestras manos para servir a sus secretos designios. I Atabalipa tal vez no lo comprenda ahora, ni acaso lo comprenda mas tarde; pero ¡ah! no es una mira rastroera lo que nos guía; no es en menoscabo de sus derechos ni de su país, usurpado i escarnecido por las armas de su padre, que ha ya para tantas cosechas que trabajamos Challcuchima i yo, con el mas rudo empeño i la mas porfiada constancia. No: es por adornar su frente con la esmeralda (insignia real) de los Scyris. I la adornaremos! porque así lo hemos jurado por las víctimas cuya memoria vive i vivirá eternamente con nosotros; porque así lo hemos prometido a su madre ultrajada...!

Pasados algunos segundos, Quizquiz se acercó a Atabalipa, i poniéndole una mano familiarmente sobre el hombro, le dijo:

No te entregues así a la desesperación. Atabalipa, el destino te reserva para grandes cosas, muéstrate digno de ellas; i cuentas siempre con los que debimos ser tus yanacuna. Challcuchima i yo no esperamos mas que tus órdenes.

—Qué puedo yo mandarte?

—Lo que gustes, Atabalipa; nunca faltan flechas a nuestro carcaj, ni fuerza a nuestros brazos cuando se trata de tu servicio: habla.

—Tal vez mas tarde, bravo i fiel Quizquiz; por ahora... por ahora, no.

—Atabalipa, el día, el tremendo día se acerca; i es indispensable que tomes una resolución.

—Cuál?

—La de presentarte mañana en el huaraco.

—Con qué fin?

—Con qué fin? Con el de disputar a Huascar los honores del triunfo.

—Eso me aconsejas?

—Hago mas: te lo mando a nombre de tu patria.

—Eso es de todo punto imposible, Quizquiz; ¿ignoras, acaso, que semejante triunfo pertenece de derecho esclusivo al aquí, según la práctica inmemorial del país?

—I eso qué importa? preguntó Quizquiz, que, como hombre tenaz en sus propósitos, tenía siempre en los labios esa pregunta para desarmar a sus controversistas.

—Eso importa mucho, tanto, que es imposible el intentarlo siquiera. Yo no soi mas que Atabalipa el *bastardo*, Atabalipa el *extranjero*; miéntras que Huascar es el hijo de Coya, el ornamento del Cuzco i la esperanza del pueblo!

—Por lo mismo es que te aconsejo que le disputes los honores del triunfo. Arrebátale mañana esa palma de gloria; exhibete a la multitud mas digno que él del llauta, i habrás hecho mucho en tu favor.

—Ahora comprendo.

—Sí, ahora comprendes, porque ahora te fijas en que el pueblo de Tavantinsuyu es un pueblo guerrero por escelencia, i como tal, mui susceptible de amar con frenesí a los héroes; en que es sencillo, i como tal, fácil de seducir con las apariencias; en que es lójico, i como tal, capaz de establecer despues del huaraco comparaciones entre los lidiadores, i de sacar consecuencias que desde luego no favorecerán a Huascar. Sí, ahora comprendes; porque piensas que, aunque segun la práctica inmemorial que alegas, se dispense a tu hermano el premio de la jornada, ese premio no servirá sino para ponerlo en ridículo, pues recibirá sobre su frente mohina de vergüenza, la corona de siempreviva; \* miéntras los circunstancias dirán en voz baja: “ella no está bien ahí; dásela al triunfador; dásela a Atabalipa, que no ha tenido rival en el huaraco”. I esta, i no otra, será la palma de triunfo que arrebatarás al aquí Huascar; pero será la mejor, porque será la palma del asombro público.

Al pronunciar Quizquiz su última palabra, se oyó ácia el lado en que estaba el escucha, un fuerte i rápido silbido. Quizquiz se inmutó.

—A la verdad que eres persuasivo, Quizquiz, dijo Atabalipa, sin curarse del ruido que había inmutado a su interlocutor.

—Lo persuasivo no está en mí, sino en el hecho mismo: es la cosa tan clara!

—Sin embargo, me ocurre una dificultad.

—A saber?

—La de cómo me presentaré en la fiesta.

—Ba! hai apénas cosa mas sencilla: alcanza el permiso del Inca.

El silbido se repitió en aquel instante por dos veces. Quizquiz empezó a impacientarse.

—Probaré.

—Cómo es eso de *probaré*? Oyeme, es necesario que lo alcances; i lo alcanzarás. Pídeselo con fuerza de voluntad, i la cosa es hecha: la fuerza de voluntad ahorra en esta vida la mitad de todos los caminos.

—Soi de tu opinión, dijo Atabalipa, como hombre capaz de apreciar las palabras de Quizquiz: aquellos dos jenios se comprendian sin decirselo.

---

\* Premio del vencedor.

—Entonces, es seguro que te presentarás en el huaraco?

—Seguro: me has dicho que *querer es poder*.

—Tómalo en ese sentido; es mucho mejor.

Quizquiz i Atabalipa se separaron. El segundo para ir en busca de su padre Huayna Capac; i el primero para ir a informar a su confidente, Challcuchima, del buen resultado de su conferencia. Ambos tomaron vias opuestas.

—Qué ha habido? por qué has hecho la seña, Lloque? preguntó Quizquiz al llegar cerca del escucha.

—Porque sentí pasos i rumor de jente ácia esta parte.

—I se alejaron?

—Se alejaron, apusquipay.

—Retirémonos, pues.

## — VI —

La noche continuaba en calma. Huayna Capac, envuelto en un ancho manto de escarlata alamarado de oro, se paseaba tranquilamente en su aposento, i oía, al parecer distraído a Atabalipa, que con aire hipócrita i acento humilde le decía:

—Padre, mañana es un gran día.

—Sí, hijo, es un gran día, Huayna Capac contestó; i luego, clavando en Atabalipa una mirada penetrante, cual si quisiera leer en su rostro el efecto de sus palabras, añadió: sí, mañana es un gran día, pues mañana sale Huascar de su primera edad, i será presentado al pueblo como su inca futuro.

Atabalipa no dió muestras de alteracion alguna, no obstante que las palabras de Huayna Capac, en boca de él mas que de cualquiera otro, le ocasionaban un profundo dolor, a causa de haber fincado siempre en el cariño de su padre no sé qué vaga esperanza al llauta inca, que ahora perdía en su totalidad.

Huayna Capac continuó sin piedad:

—La ceremonia popular de la mayoría de edad de los incas, ha sido siempre una ceremonia de grande significación entre los de Tavantisuyu, pues equivale a la proclamación de su soberano; i tiene tal pompa fascinadora para los Naturales, que, ademas de llenarlos de alegría, los vincula a su señor con el doble lazo de la admiración i del respeto.

Atabalipa se mantenía impassible. Huayna Capac prosiguió, siempre con la misma mirada, hija de la misma intencion:

—Tan luego como en la espléndida función del huaraco se orna la frente del primojénito con la Borla amarilla i se le calzan las sandalias sagradas, queda reconocido como hijo del Sol; i desde ese momento su vida es inviolable, i sus derechos al llauta indisputables.

—Ciertamente así lo he oído decir; i creo que hasta el presente no ha habido un solo acto siquiera de infidelidad al inca por parte del pueblo.

—Ninguno, Atabalipa, ni podrá haberlo. ¿Quién osaría jamas incurrir en el enojo de los divinos descendientes de Manco?

Atabalipa se sonrió imperceptiblemente con sarcasmo.

—¿Quién, el Inca continuó con majestad, cuya cabeza no rodara al instante por el cielo, cuya raza maldita no fuera estinguida, i cuya memoria no fuera execrada constantemente por nuestra posteridad?

—Dices mui bien, padre mío.

.....

—Pero, hablando de otra cosa, Atabalipa, ¿sabrás decirme qué objeto te ha traído tan tarde de la noche a mi habitacion?

—Un capricho, señor, que ya me ha pasado enteramente.

—Un capricho!

—Es propio de mi jenio: me vienen a veces ciertos deseos, que cuanto mas vehementes, mas pasajeros son.

—I no me dirás que capricho era?

—Una bagatela, una pura bagatela.

—Quieres, por ventura, regresar a Quitus al lado de tu madre? Estás fastidiado entre los nuestros? Habla, Atabalipa, habla; sabes cuánto te amo, ¡ no podré negarte nada.

—Ciertamente, padre mio, que deseo volver al lado de mi madre; i que me fastidio sobremanera en este mar undoso que se llama Cuzco; como que no nací yo para... para habitar aquí; pero no se trataba de eso: mi capricho era algo mas pueril.

—Habla, hijo mío; Atabalipa, habla ¿Qué quieres? dijo Huayna Capac con ternura mas que paternal.

—Una vez que lo exijas, lo diré. Aunque nacido en un pueblo tan apartado de este, como distinto en costumbres, aplaudo la fiesta del huaraco por lo que tiene de marcial; i en tal virtud, tuve el capricho de solicitar el que me dejases presentar en ella como competidor.

—Has hecho bien en abandonar ese capricho, porque era irrealizable.

Un rayo que hubiera caído a los piés de Atabalipa, no le habría sorprendido tanto como la respuesta de Huayna Capac; pues esperaba que, con el jiro que desde un principio le había dado a la cuestion, triunfaría en ella, haciendo que fuera su padre mismo el que le instase para que se presentara en el huaraco, por medio de un cambio de situaciones ingeniosamente combinado. Por lo que no pudo ménos de confundirse con el sesgo imprevisto que estaba tomando su plan.

Empero, como hombre que no se daba por derrotado a la primera esca-ramuza, Atabalipa pensó que lo mejor sería tomar la iniciativa, diciendo:

Es lástima que no se pueda, porque yo deseaba dar con mi presencia como lidiador en el huaraco, mayor solemnidad a la fiesta, i una prueba mas de la profunda adhesion que profeso a mi hermano el aqui.

Al hablar de Huascar, Atabalipa se inclinó reverente.

—Sí, es lástima; pero tú no ignoras que las leyes de Tavantinsuyu solo dan ese privilejio a los hijos de Coya, i a los de los ñusticuna al terminar su educacion.



—Por lo mismo que no lo ignoraba, era que había resuelto solicitar de tí semejante distincion.

—Pídeme otra cosa, Atabalipa, que no sabré decir que no; pero esa, te repito, es imposible. No se me escapa que, al pretender esto, no tienes en mira sino dar pábulo a tus instintos guerreros, i lo que dices con relacion a tu buen hermano Huascar; pero bien ves que no debo ser yo el primero en violar los usos y costumbres de Tavantinsuyu.

—Pero olvidas que yo también soi tu hijo; aunque tu hijo desgraciado, el desprecio de todos!

—Atabalipa!

—Sí, Inca, yo no soi para los de aquí mas que *el bastardo, el extranjero*, i cuando contaba con oponer a sus burlas i sarcasmos el muro inespugnable de tu cariño, me encuentro con que él tambien me falta; siendo así que en vez de exaltarme, ayudas a deprimirme.

—Atabalipa, qué estás diciendo?

—La verdad, señor.

—La verdad? Hubo jamas padre mas amante, amigo mas fiel que yo, para tí?

—Padre amante i amigo fiel, cuyas bondades nunca han salvado los lindes del corazón; i que por lo tanto, son un secreto para mis humilladores, que a buen seguro no cambiarán de conducta miéntas dure.

—Nómbralos, nómbralos, Atabalipa, i juro que escarmentarán.

—Nombrarlos! es tarea interminable.

—Tantos son?

—Todos los habitantes del país.

—Exajeras!

—Ah! sí, exajero, repuso Atabalipa con amargura.

—Pero no te aflijas, hijo mio, que aun existo.

—I si existiendo tú, sufro tanto ¿qué será cuando no existas? Por Pachacamac, como tú dirias, padre mio, que me saques de la postracion en que estoi sumido; que me hagas valer algo a los ojos de tu pueblo: recuerda que soi el hijo de Scyri Paccha, a quien tú has amado tanto.

—I qué quieres que haga?

—Que me exhibas a los de Tavantinsuyu como un hombre capaz de poder servir de algo en cualquiera circunstancia, i no como un miserable que para nada es útil.

—Así lo haré en adelante para que no te quejes, Atabalipa, dijo Huayna Capac abrazando a su hijo con muestras de profunda ternura.

—Luego me presentaré en el huaraco? se adelantó a preguntar este con una voz tal, que parecía ahogada por la emocion.

Preséntate donde quieras i hasta lo que quieras, mi Atabalipa, respondióle el Inca con amor—.

Atabalipa besó con efusion la mano de su padre, i exclamó en voz baja:

—Vaya! como que no es del todo absurda la máxima de Quizquiz.

Rayó la aurora del día de la mayor edad de Huascar. El pueblo saludaba con gritos de placer i con bandas de música, que recorrían, seguidas de la multitud vestida de gala, las calles principales de la populosa Cuzco.

Pronto el sol se levantó brillante en el extremo azul del horizonte, trayendo con su luz, como acontece siempre en los días de grandes fiestas nacionales, el contento a todos los corazones i la alegría a todos los semblantes.

El Cuzco, situada en el centro de un hermoso valle, i bañada por riachuelos cristalinos, cuyas linfas reflejan sus amarillentos edificios entre el verde oscuro de las arboledas de sus mil jardines, ostentaba sus calles, largas i angostas, revestidas de olorosas flores, i adornadas de trecho en trecho con jarrones de plata, en que ardían resinas esquisitas, embalsamando el aire i poblándolo con el humo blanquecino que despedían sus senos candentes. Centenares de estandartes de astas de oro daban al manso viento sus colores de iris, en las altas cúpulas de los templos; en medio de los cuales se alzaba el Coricancha, \* majestuoso i resplandeciente como el astro a que estaba levantado.

Acia el Norte i sobre la áspera sierra que limita la santa ciudad por aquel lado, veíase gigantesca e inespugnable la gran fortaleza que la defendía, coronadas de lujosos gallardetes sus estucadas almenas, i erizadas de guerreros, cuyas bruñidas huallacangas, heridas por los rayos del día, irradiaban centellas sin fin.

El Cuzco fué fundada ácia el año de 1043 por Manco Capac, i era la residencia habitual de los incas. Entre los muchos monumentos que la adornaban en la época a que esta historia se refiere, eran notables su fortaleza i sus dos soberbias calzadas, largo de quinientas leguas, que iban de ella a Quito —una siguiendo la dirección paralela a la costa, que era la ura-ñan (via baja); otra al traves de las montañas, que era la sahua-ñan (via alta).

Su fortaleza, la mas importante de todo el país, estaba defendida, ácia el lado de la ciudad, por una hilera de sólida muralla, de mil doscientos piés de estension, i ácia el lado opuesto, el mas fácil para el ataque, por dos hileras del mismo largo i solidez. Componíase de tres torres separadas. Era la primera la torre del Inca, i estaba adornada mas rejia que militarmente. La segunda i la tercera eran las de la guarnición, compuesta de ñusticuna i bajo las órdenes de un príncipe de la sangre.

Tenía ademas esta fortaleza varias galerías subterráneas, que comunicaban con la ciudad i los palacios del Inca. Era toda de piedra viva. Empleáronse en su construcción cincuenta años i mas de veinte mil obreros; i léjos de ser un alcázar o ciudadela aislada, era el gran centro de las fortificaciones de todo Tavantinsuyu, i de defensa militar, segun la táctica guerrera de aquel entónces remoto. Atribúyese su edificación a Yupanquí, onceno inca, llamado el *piadoso*.

---

\* Templo del sol.

Estaba el Cuzco dividido en cuatro barrios, cada uno de los cuales coincidía con los cuatro puntos cardinales del Globo, i daba albergue en su seno a la infinidad de peregrinos i viajeros que venían de las provincias a visitarlo; sin que fuese permitido a ninguno de ellos hospedarse en otro barrio distinto de aquel que le estaba señalado, ni variar el traje peculiar de su tribu.

Mas el lector no podrá formarse una idea completa de la espléndida metrópoli del reino inca, si no tiene en cuenta que en ella, además de los templos del Sol i de los palacios reales, que eran muchos, los curacas o gobernadores de las provincias, por lo regular, se hacían construir en sus alrededores magníficas moradas para cuando residían en la corte; a lo que si se agrega el tren de pajes, criados i guardias de honor, tendrá que convencerse de que el Cuzco era una ciudad tan populosa i rica, como lo es hoy la Trinovante de los antiguos bretones, o la Lutecia de los francos.

Con todo, la mejor descripción que puede darse del Cuzco es la que dió el año de 1825 el Jeneral Florencio O'Leary, a saber: "Cuzco me interesa infinito. Su historia, sus fábulas i sus ruinas son encantadoras. Esta ciudad puede con razon llamarse la Roma de América. La hermosa fortaleza en el lado del Norte de la ciudad, es su Capitolio; i el templo del Sol su Coliseo. Manco Capac fué su Rómulo; Viracocha su Augusto; Huascar su Pompeyo; i Atahualpa su César. Los Pizarro, Almagro, Valdivia i Toledo, son los hunos, godos i cristianos que la destruyeron. Tupac Amaru es su Belisario, que le dió un día de esperanza; i Pumacagua su Rienzi i último tribuno".

Como dijimos al principio de este capítulo, el pueblo había saludado la salida del sol con grandes gritos de aplauso i de contento. Los ñusticuna, seguidos de su servidumbre, lujosamente vestida, i andando bajo palios de rica i esmaltada tela, iban de sus bellas mansiones al soberbio palacio del Inca, punto de reunion de la comitiva.

Poco a poco la muchedumbre fué desapareciendo de las calles i plazas del centro de la ciudad, i juntándose en sus barrios respectivos, a esperar la hora de la partida.

Tuvo lugar esta cerca de medio día, i en el órden siguiente:

Primero desfilaron cerca de cinco mil honderos, en bandas de a diez, cada una con un jefe vestido de rojo, i dos grandes plumas azules cruzadas sobre su gorreta blanca. La jente de tropa vestía jubones de algodón divisados de escarlata.

Seguía despues Huayna Capac, llevado en hombros de sus mas leales i nobles servidores, en unas andas de oro macizo, incrustadas de esmeraldas de tamaño diverso, i en cuyas estremidades había dos arcos de aquel metal, sirviendo de preciada cornisa a las cortinas de luciente grana que lo cubrían de las miradas de la multitud jeneralmente, pero que por entónces estaban plegadas sobre una efijie del sol, ácia la parte superior de su espalda. Esta efijie era toda de pedrería.

Vestía Huayna Capac un traje de fina lana de vicuña con alamares de oro, en forma de túnica sin mangas, i que apenas le llegaba a la rodilla. Ceñía sus cabellos el llauta o turbante de colores, orlado con el cordón

rojo del imperio, de cuyo nudo brotaban caudales las plumas vistosas del raro coraquenque\*. Sus largas orejas sostenían los estupendos aretes de la órden, que, como sus brazaletes i sandalias, eran de oro cincelado, esmaltado de piedras preciosas de subido valor, i venían a reposar sobre sus hombros atléticos, junto con el suntuoso manto de plumas que cubría la mayor parte de su cuerpo. La mirada de Huayna Capac, sin dejar de ser altanera, era bondadosa i apasible.

Rodeaban los ñusticuna a Huayna Capac esplendoroso, i llevando todos algo a cuestras en señal de sumision. A derecha e izquierda desfilaban los arqueros de la guardia, pomposamente ataviados, i orgullosos de sí i de su señor. Comandaba estas dos filas de guerreros el bravo Sinchi, apu (capitan) de las guardias del Inca.

Cerraba, por último, la marcha otro cuerpo de cinco mil estolicas de tez bronceada por el sol de los combates, porte belicoso i traje sencillo. A su frente iban Quizquiz i Challcuchima con paso mesurado i ademan guerrero.

#### — VIII —

Una hora por lo ménos gastó la comitiva en ir de la plaza mayor del Cuzco al paraje donde debía celebrarse el huaraco. Durante la marcha el hatuntaqui (tambor) i la quipa (trompeta) regalaron los oídos de los concurrentes con variadas sonatas; i el pueblo que, en número de mas de ochocientas mil personas, llenaba todas las avenidas del camino, i coronaba todas las eminencias circunvecinas, guardó un silencio respetuoso.

En frente al grande i apartado palacio de los amautacuna, i en medio de vastos jardines, habíase construido un circo con valla de madera, i de mas de quinientos pasos de circunferencia.

En el extremo oriental de este circo, i a una altura de veinte piés, había un lujoso andamio, cubierto con una gran tienda en forma de pabellon, que ostentaba en el centro el tiana de oro de Huayna Capac, i en su rededor los inferiores asientos de los cortesanos.

El circo estaba por dentro rodeado de soldados, para impedir que la multitud penetrase en su recinto. Parte de los jefes que comandaban estos soldados formaban grupos mas o ménos numerosos ácia el centro, i conversaban con familiaridad; al parecer, sin curarse de la llegada del Inca, cuya tardanza empezaba a inquietar a los espectadores.

—Dicen, observó uno de ellos, que el bastardo será tambien de los lidiadores.

—Cómo así?

—Por haberle concedido esta gracia el Inca.

—De véras?

---

\* Ave, especie de fénix, que se criaba en los despoblados de Villeanuta, treinta i tantas leguas al Sur del Cuzco: sus plumas servían solo para adornar los llautas de los incas, i se castigaba con la pena capital el matarla.

—De véras.

—Creo que es un guapo mozo, agregó un tercero.

—Si, guapo: pero *bastardo i extranjero*.

—Eso qué importa?

—Cómo qué importa! Acaso se me oculta que en esto hai un lazo tendido a Huascar, a quien el tal mira de reajo?

—Nosotros somos de la misma opinion, dijeron varios a la vez.

Un inmenso grito de aplauso resonó en aquel instante en el circo, grito que devolvieron en eco prolongado los mas distantes collados del valle. El grito era:

*“¡Muy grande i poderoso Señor, hijo del Sol, tú solo eres Señor, todo el mundo te oye en verdad!”*.

Aclamacion usual del pueblo de Tavantinsuyu en ocasiones semejantes, al presentarse el inca su señor.

Nuestros jefes cortaron su conversacion, i fueron a ocupar sus puestos respectivos.

Miéntras que Huayna Capac, ántes de ocupar su tiana, saluda con majestad cesárea al pueblo, ébrio de entusiasmo; miéntras los ñusticuna i curacas ocupan sus puestos; i miéntras los soldados que acompañan al Inca se colocan en columna cerrada al pié del andamio, el lector nos permitirá echar una mirada rápida i escrutadora sobre los objetos que adornan el circo.

En el centro mismo de este, i en la cúspide de una elevadísima columna, había un globo de tela blanca, que desde el principio traía interesada la multitud; sin que, por repetidas que habian sido las preguntas de unos a otros, se hubiese acertado con su verdadero objeto.

En frente mismo del tiana de Huayna Capac, i a distancia de unos cuarenta pasos del circo, estaba tirado horizontalmente un nudoso tronco de ceiba, de unos doce piés de diámetro, i custodiado por dos arqueros.

En el resto de aquella inmensa plaza artificial, no había otra cosa que llamase la atencion.

Segun la costumbre del país, los treinta dias anteriores al de la mayor edad de los ñusticuna, dormian estos al raso, andaban descalzos i comian frugalmente; sin esceptuar de esta prueba al rejoy neófito, que, como sus demas compañeros, había sufrido ya un exámen ríjido sobre los principios cardinales de su gobierno.

El pueblo esperaba con ansia.

Dada la señal por los que hacian de farautes, entraron por la puerta del circo, situada enfrente al andamio del Inca, cuatro jóvenes vestidos con sencillez, el carcaj a la espalda i el arco al brazo.

Los dos delanteros eran Huascar i Atabalipa, i los traseros dos hijos de dos grandes del Cuzco.

Marcharon los cuatro hasta el frente de Huayna Capac, i le saludaron abatiendo sus armas. En seguida esperaron la señal de partir. Dada esta, partieron a carrera abierta ácia la columna central del circo.

Al principio ninguno llevó ventaja; mas habiendo hecho, ácia la mitad de la jornada, un esfuerzo supremo Atabalipa, logró adelantarse a los compañeros, i llegar el primero a la columna, en medio de un aplauso universal. Huascar llegó el segundo, i los otros dos competidores despues.

—Bien! dijo uno de los ñunisticuna de los muchos que había junto a Huayna Capac, casi al oído de otro que estaba a su lado.

—Bien! repitió este imperceptiblemente, i cambió con su interlocutor una mirada de placer.

Aquellos ñunisticuna eran nuestros dos viejos conocidos, Quizquiz i Challcuchima.

Este primer triunfo alentó sobremanera a Atabalipa, al paso que desconcertó profundamente a Huascar. Empero, ámbos lucharon con su ánimo para mostrarse indiferentes, i ámbos lo consiguieron.

Acto continuo los cuatro contendores se colocaron a igual distancia de la columna, i sacando cada uno de su carcaj una flecha de pluma de diverso color, la pusieron en sus respectivos arcos, i levantando estos a la altura del ojo, en direccion al globo de la columna, tomaron puntería con serenidad.

La pluma de la flecha de Huascar era amarilla; la de Atabalipa azul; i las otras dos, la una negra i la otra blanca.

Hubo un momento de expectativa jeneral, pues ya entre los concurrentes, como sucede siempre en tales casos, se habian formado partidos, i unos querian el triunfo de este, otros el de aquel. Huascar imaginó que, en trance tan apurado, una invocacion a su madre adorada le daria la certeza que ambicionaba. Atabalipa pensó de mui distinta manera, i, re-concentrándose en su orgullo, echó una mirada de desprecio al aunqui, i sintió su mano fuerte i su arco templado.

El globo de la columna se abrió como por encanto.

La multitud lanzó un grito de asombro.

Una hermosa garza, echada en un nido de flores, había aparecido a sus atónitos ojos. El arisco animal se espantó con el grito, i estendiendo su cuello de sierpe dos o tres veces en diferentes direcciones, como azorada ante aquel espectáculo desconocido para él, parose sobre el borde de su matizado nido, i desplegando al sol del mediodia sus prolongadas alas de armiño, alzose como un leve copo de nieve sobre el éter.

Las cuatro flechas partieron rápidas i silbadoras en su seguimiento, i ya parecía que el ágil volátil las dejaba atras, cuando dió un grito ahogado, i, purpureo el albo pecho, descoyuntada el ala majestuosa, descendió, mas veloz que las saetas, a algunos pasos de su desierto i caliente nido.

Atabalipa, que no pudo contenerse, corrió a levantar el ave del suelo; miéntras que Huascar, con agonía visible, se enjugó la frente con mano temblorosa.

La garza tenía el corazon traspasado con la flecha azul.

Huascar, herido en lo mas hondo de su orgullo, despojose de sus armas, i haciendo un saludo glacial a Atabalipa, lo provocó para la lucha. Este imitó a su hermano, i empezó aquella.

Fué la lucha al principio mansa, luego violenta, nerviosa, casi desesperada. Mas de una vez Atabalipa se vió pronto a ceder bajo el pujante esfuerzo de su adversario; pero mas de una vez tambien se rehizo i baltó con denuedo.

El pueblo, que al principio había estado suspenso i jadeante, acabó por impacientarse. Atabalipa comprendió, al punto, que perdería todas las ventajas adquiridas si aquella liza terrible se prolongaba por un segundo mas. Parose, pues, como para recoger su desmayado aliento i sus debilitadas fuerzas, i estendiendo luego su brazo derecho ácia Huascar, i ciñéndole con él la cintura como con una faja de bronce, suspendiole en el aire, i luego tendiole, como si fuera un niño, sobre el prado.

La desesperacion de Huascar llegó entónces a su colmo. Lívido i fuera de sí levantose del suelo, al tiempo que Atabalipa, con una mal finjida sonrisa de cariño, le presentaba la mano para ayudarlo.

Los ochocientos mil espectadores de aquella fiesta, que, de espectáculo inocente, estaba tomando un carácter de combate a muerte, no se atrevieron en esta vez a hacer demostracion alguna de aplauso, como asombrados de la audazia del bastardo; i los ñusticuna miraron a Huayna Capac como buscando en su semblante la impresion que debian pintar en los suyos. El Inca se mantuvo impassible.

Empero, no se había terminado el huaraco, i ya Atabalipa era el ídolo de aquella masa inmensa de jente, deslumbrada por su destreza, elevada al rango de valor sin límites por su entusiasmo bélico.

Atabalipa, despues de haber vencido a Huascar, incitó a los otros dos jóvenes a la lucha; pero ámbos se escusaron.

Procediose, en consecuencia, a la última terrible prueba. Consistía esta en saltar por encima del robusto tronco de que hemos hablado.

Los cuatro contendores tomaron distancia, i partieron en su direccion. Mas, al llegar al término fatal, dos de los jóvenes se detuvieron, i uno cayó: fué este el infortunado Huascar, que al hacer pié para salvar el ceibo, resbaló en la yerba húmeda del circo. Solo Atabalipa saltó por sobre el tronco; pero, previendo que le sería imposible caer parado, a semejanza de los vencidos gladiadores romanos, buscó la mejor postura para caer, i en efecto cayó con una gracia imponderable.

—Triunfo! triunfo! gritó la multitud absorta; i triunfo, triunfo, repercutió por el espacio el eco ensordecido.

A este grito, siguiose un rumor sordo como el rumor de la tormenta; rumor causado por las conversaciones de los espectadores sobre las diferentes suertes del huaraco; pues, aunque todos las habían presenciado, los unos las explicaban a los otros, realzándolas o deprimiéndolas, segun eran partidarios de Atabalipa o de Huascar, las dos figuras mas notables de aquella funcion.

Terminados los ejercicios, los cuatro neófitos se presentaron a Huayna Capac como dignos de recibir los honores del triunfo i de entrar en la vida civil.

Huayna Capac les dirigió la palabra en estos términos:

—“Hijos del Sol! yo os felizito a nombre de Tavantinsuyu por la destreza militar que habeis manifestado en este dia, pues ella nos dice cuánto tenemos que esperar de vuestro valor i prendas raras. La nueva vida que vais a emprender os impone muchas obligaciones sagradas, i echa sobre vuestros hombros una responsabilidad inmensa; pues bien, yo hago votos a Pachacamac porque durante todos los momentos de ella tengais presente vuestro noble origen para que salgais briosos en todas vuestras empresas, i puros, cual vuestro digno padre en su diurna carrera por el espacio”.

Huascar i sus dos compañeros se arrodillaron delante del Inca, quien procedió a horadarles las orejas con la aguja de oro de la orden. En seguida un anciano militar, sin disputa el mas venerable de todo el país, calzó a los tres las bendecidas sandalias. I, ceñidas las cinturas con la faja, símbolo de haber salido de la menor edad, fueron coronados con guirnaldas de flores matizadas de siempreviva, emblema entre los de Tavantinsuyu de la clemencia i del valor.

Terminada esta parte de la ceremonia, los ñusticuna se pusieron de pié, el ejército abatió las armas, i el pueblo se prosternó. Huayna Capac, levantándose majestuosamente de su tiana, se acercó a Huascar i le ató las sienes con el cordon amarillo, insignia distintiva de los herederos del llauta; i, tomándole por la mano, lo dió a reconocer como al inca futuro.

Huascar recibió los honores de su espléndida inauguracion cabizbajo i avergonzado, cual si no los mereciera; al paso que Atabalipa los codiciaba en el fondo de su corazon, una vez que su calidad de hijo natural de Huayna Capac le hacía imposible recibirlos nunca; i es fama, que al tiempo de ser proclamado Huascar inca de Tavantinsuyu, el ambicioso Atabalipa murmuró un terrible juramento contra él. Juramento que, no hai duda, decidió de la suerte de estos dos jóvenes, tan opuestos en carácter, i tan dignos de admiracion bajo diferentes respectos.

— IX —

Terminado el huaraco, la numerosa comitiva regresó al Cuzco en el mismo orden que había traído, para entregarse a las diversiones que le estaban preparadas, i que, segun la práctica, debian durar algunos dias.

—Creo, Challcuchima, decía aquella noche a este Quizquiz, creo que hasta ahora llevamos ganada la mitad de la partida.

—Algo mas de la mitad: Quizquiz, qué guapo mozo es nuestro Atabalipa; nunca ha desmentido de su estirpe!

—El tiempo urje, Challcuchima.

—Vamos! un chasqui (correo) para despachar al punto a Quitus: hai algo importante que comunicar a mi hermana.

—Cuándo piensas despacharlo?

—Antes de media noche.

—Voi a enviártelo al instante.



—Espera, Quizquiz. No has visto aun a Umuc, i creo que sería prudente enviarle a Lloque previniéndole de tu visita. Además, miéntras yo entero a Scyri Paccha de lo que ha pasado, tú irás a exigir de Atabalipa su completa aquiescencia.

—Está bien.

Quizquiz se retiró, i Challcuchima, yendo a su aposento particular, tomó una cuerda como de un pié de largo, compuesta de hilos de diferentes colores, de los cuales salian otros mas pequeños; la que anudó i combinó de diferentes modos, para trasmitir a su hermana la siguiente misiva:

Scyri Paccha:

“Hoi Atabalipa ha vencido, a los ojos del pueblo i del ejército, a Huascar en la espléndida fiesta del huaraco. Tal victoria nos brinda la circunstancia mas propicia para consumir nuestro plan. Descansa, querida hermana mia, quedarás pronto vengada, i Atabalipa *el bastardo* será proclamado inca de Tavantinsuyu”.

Una vez formado el quipus, Challcuchima lo introdujo en una pequeña caja de pino barnizada de brillantes colores a estilo quitense, la que cerró herméticamente.

Esta cajita fué entregada por Challcuchima al chasqui tan luego como se presentó.

Los chasquis eran una especie de postas o correos, i se diferenciaban del resto de los habitantes de Tavantinsuyu por su traje particular. Por lo regular, se los educaba desde niños para este oficio, que requería gran rapidez i fidelidad.

.....

—Atabalipa, decía a aquella sazón Quizquiz a este mimado hijo de la fortuna, Atabalipa, ya ha llegado el momento de aclarar todos los misterios que rodean tu vida, i de revelarte la alta mision que el destino te ha encomendado.

—Habla.

—Oyeme, pues. Las hojas de los árboles se han renovado muchas veces desde que Huayna Capac, a la cabeza de un numeroso ejército, penetró en las dilatadas i ricas comarcas de nuestro Quitus, talando las heredades de nuestros hijos, i sometiendo a su odiosa dominación todo lo que no alcanzaron destruir sus guerreros. Ciudades, pueblos, aldeas, todo cayó bajo el poder de su íris victorioso; pues en vano, mui en vano, nuestro Scyri convocó sus súbditos, i le opuso en los campos de Hatuntaqui una resistencia tenaz i desesperada. En ménos de cuatro cosechas todo cambió entre nosotros, lengua, costumbres, relijion; que todo el país, hasta sus mas apartadas rejiones, jemía víctima inocente del conquistador. Los huesos insepultos de nuestros padres, blanqueando nuestras pampas ántes cubiertas de mieses, son, si se quiere, el mejor testimonio de nuestro amor a la libertad; pero la pujanza de los incas fué superior a ese amor, i ciñéndonos el cuello como con una sola cuerda, oprimiéndonos como a un solo hombre, casi terminó por habituarnos a la esclavitud!

Empero, la desgracia no fué tanta, que algunas almas nobles no escapasen de semejante contagio, i jurasen, por el nombre de sus dioses vilipendiados, por la memoria de sus Scyris vencidos, redimir a su patria, o caer junto con el tirano, lidiando brazo a brazo con él. En este glorioso i reducido número estábamos Chalcuchima i yo.

Pero hai mas (i esta es la parte fatal de nuestra historia), sí, hai mas, porque, aparte de haber perdido la libertad, perdimos el honor. El honor! que Huayna Capac complaciose en arrancarnos (que mas valiera que nos hubiese arrancado la vida!) en la persona de tu madre Paccha, bella como la azucena del valle, i pura como la gota de rocío; a quien el impudente conquistador despojó de la esmeralda de sus mayores, para arrastrarla, agonizante de pena i de vergüenza, hasta su lecho impuro!

Atabalipa por la primera vez de su vida se estremeció: había leído, como a la luz de un relámpago, la primera indigna página de su vida.

Quizquiz continuó:

—De aquel criminal abuso de la fuerza, de aquella profanacion aun mas criminal de la belleza abandonada, naciste tú, Atabalipa; i naciste réprobo, porque naciste bastardo i desheredado!

Atabalipa lanzó un rujido de rabia.

—Empero, en medio de tanta afrenta i de tanto baldon, hai un hombre, mas bien una deidad tutelar, que vela por tu suerte i la de tu madre; i el cual ha jurado revindicar tus derechos i lavar tu deshonra, volviendo a Huayna Capac conquista por conquista, i humillacion por humillacion. Este hombre es Chalcuchima.

—Siempre él, balbució Atabalipa.

—Siempre él, repuso Quizquiz, porque en él hai sangre de tu sangre i hueso de tus huesos.

—Cierto, es mi pariente.

—Es tu providencia.

—Continúa, Quizquiz.

—Las primeras lunas de cautiverio las pasamos léjos de Quitus, entregados al mas amargo dolor; pero conociendo en breve que aquel retiro no estaba de acuerdo con nuestros vastos planes de venganza, resolvimos presentarnos a Huayna Capac i tomar servicio en su milicia. Astuto i prudente el Inca, recibionos con agrado i empleonos con ventajas. Pero nosotros vimos en esta política lo que debiamos ver, esto es, un deseo manifiesto de hacernos olvidar los agravios recibidos, i de curarnos, con el bálsamo del favor, las no cicatrizadas heridas de la conquista; por lo que nos prevenimos desde luego, para no dejarle tomar ningun ascendiente en nuestros corazones, oponiéndole el engaño al engaño, i la ficcion a la ficcion.

Las nuevas campañas emprendidas por Huayna Capac nos brindaron campo para desplegar todos nuestros talentos militares, i todo el valor de que eran capaces nuestros pechos, ávidos de nombradía. Conseguimos al fin con nuestra conducta fascinar; i grande es hoi nuestro partido entre el pueblo i el ejército de Tavantinsuyu, prontos a secundar nuestros de-

signios.. Atabalipa! la obra está pronta a consumarse, no falta mas que tu aquiescencia; i yo estoi comisionado por Chalcuchima para obtenerla.

—Quizquiz, no te comprendo bien.

—No querrás comprenderme, Atabalipa, pues el negocio no puede ser mas sencillo. Huayna Capac, sin mas derecho que la fuerza, se apoderó de nuestro país, ultrajó nuestros Seyris e hizo shipacuna (concubinas) a nuestras esposas; nosotros hoi, con el mismo derecho, i en justa represalia de las ofensas recibidas, nos apoderamos del país de Huayna Capac; solo que, ménos infames, no mancillaremos su honor.

—I eso cómo?

—Quitándole la vida, i proclamando un nuevo inca.

—Quitándole la vida! olvidas que es mi padre?

—No es tu padre, sino tu verdugo, i el de tu raza.

Atabalipa no respondió.

.. —Ah! continuó Quizquiz, si lo hubieras visto derribando los altares i dioses de tu nacion, profanando sus templos i unciendo a su tiana victorioso nobles i plebeyos, ancianos i niños; si lo hubieras visto pasar por nuestros valles i montañas terrible i asolador como el huracan; si lo hubieras visto beodo, i amenazante, ofrecer la muerte a tu desvalida madre si le negaba sus favores, entónces...

—Silencio! Quizquiz; todo eso es abominable: yo lo conozco así; pero le amo.

—Sí, le amas; pero no le amas con el puro amor que tiene el hijo al padre: le amas con el amor del *agradecido*. Le amas, porque te ha deslumbrado con sus dádivas; que tú estimas de mas precio, que el honor de tu madre i la libertad de tu nacion!

El acento de la voz de Quizquiz era terrible. Atabalipa bajó la frente avergonzado.

—Acabemos, Atabalipa, añadió Quizquiz; esta conferencia se prolonga mas de lo que debiera prolongarse: resuélvete. Por un lado, tienes el ominoso nombre de *bastardo*, que encierra todo un pasado de ignominia i todo un porvenir de vergüenza; por otro, un imperio, el mayor del mundo, i la mas justa de todas las venganzas satisfecha: elije.

—Eres cruel, mui cruel, Quizquiz: me pones a elejir entre mi padre i mi madre. Es una alternativa espantosa.

—No te pongo a elejir entre tu padre i tu madre, te conozco bien para creer eso: entre lo que te pongo a elejir es, entre tu insondable ambicion i tus equívocos afectos.

Atabalipa se estremeció —por la primera vez de su vida conversaba con un hombre que lo conocía a fondo. Esta idea no pudo ménos que hacerlo temblar.

—Te engañas, repuso.

—No me engaño; es que ha llegado el momento de hablar con claridad. ¿Por qué te he de vender yo todos mis secretos, i tú has de continuar haciéndote el reservado i el escrupuloso?

Atabalipa se sonrió, i Quizquiz prosiguió.

—Creo que empezamos a entendernos?

—Suponiendo eso ¿qué probabilidades tienes de triunfo?

—Todas las que son apetecibles. Un accidente imprevisto pone término a la vida de Huayna Capac, el ejército proclama a Atabalipa por su sucesor, i Quitus, todo el poderoso Quitus, secunda el movimiento.

—Pero eso hubiera estado bueno para ayer; hoi ya es tarde: hoi ha sido proclamado Huascar inca de Tavantinsuyu.

—Sí; pero esa proclamacion en vez de perjudicar, favorece, una vez que ella ha servido para exhibirlo como indigno de reemplazar a su padre.

—I los ñusticuna?

—Se dispersarán como pajas al viento, a la vista de nuestros guerreros.

—Nunca pensé que fueras tan léjos.

—Tienes miedo?

—Sí tal, dijo Atabalipa con ironía.

—Pues entónces?...

—Pues entónces nada. ¿Qué me dices de Quitus?

—Te digo que en Quitus está todo preparado por tu madre i tus parientes: i que un ejército, listo a marchar sobre el Cuzco en caso necesario, se ha avanzado tres jornadas acá de la capital.

—Eso es brillante, Quizquiz ¿pero por qué proclamarme a mí en vez de otro cualquiera?

—Porque otro cualquiera no es hijo de Huayna Capac, como tú; porque otro cualquiera no se ha mostrado hoi a los ojos del pueblo tan gallardo, como tú; en fin, porque Chalcuchima, secreto representante de Quitus, no tiene instrucciones para proclamar a otro que a tí.

Un silbido semejante a los que se dejaron oír en la avenida de la gran via, la noche anterior, cuando los mismos personajes de ahora conversaban, acababa de sonar; pero mas agudo i penetrante que en aquella ocasion. Quizquiz, como sucedía en tales casos, se inmutó; i acercándose a Atabalipa preguntole paso i con interes, qué respuesta llevaría a Chalcuchima.

—Dile que lo pensaré, le contestó Atabalipa.

—Necesito una respuesta categórica.

—Pues dile que no.

El silbido volvió a sonar apremiante. Quizquiz palideció.

—Que no? Lo has reflexionado bien?

—Sí.

—I el honor de tu madre? la suerte de los tuyos?

—Pero si me comprometes así!

El silbido sonó por tercera vez.

Atabalipa al parecer meditaba; mas de pronto, como hombre que juega el todo por el todo, volvió la espalda a Quizquiz, para que este no viera la impresion de su semblante, i con voz clara i firme dijo: sí.

— X —

Ya es tiempo de que el lector se haya formado una idea exacta de los caracteres de los personajes de esta historia.

Ya habrá visto en Huayna Capac al gobernante amigo del pueblo, al gobernante justiciero i laborioso, cuyo prudente i entendido réjimen elevó a Tavantinsuyu a un grado de prosperidad asombrosa. Ciertamente, Huayna Capac era un príncipe entendido, pues al mismo tiempo que dirigía en persona las conquistas mas atrevidas para el mayor incremento de su imperio, no descuidaba las necesidades domésticas de sus súbditos, ocupándose activamente en dar término a las obras de utilidad pública, empezadas por su augusto padre Yupanqui, i en la mejora gradual de la agricultura.

Tomó grande empeño en que se jeneralizara el idioma quichua, hasta el punto de ser único en el país; en que se uniformasen las costumbres de conquistadores i conquistados; i en que de la una a la otra estremidad de Tavantinsuyu solo se rindiese adoracion al Sol, como político que sabía bien cuán poderoso es el vínculo del idioma comun i la religion comun entre pueblos distintos, sometidos violentamente por el derecho terrible de las armas.

Pero no seremos nosotros quienes no hagamos justicia a Huayna Capac como conquistador, no obstante las intencionadas relaciones de Quizquiz a Atabalipa; pues bien se comprende que siendo Quizquiz uno de los guerreros vencidos, i ademas, que estando interesado en traer, a fuerza de talento, al bastardo a cierta determinacion, no podía usar de otro lenguaje que del exajerado que usó. Pero lo cierto es que ni Huayna Capac, ni su padre entraron a sangre i fuego en el territorio enemigo; sino que, acampando, segun la política de sus antecesores, con su ejército a una respetuosa distancia de los límites del territorio que querian sojuzgar, exijieron a sus poseedores actuales, con plausible comedimiento, se sometiesen a su gobierno, i derribasen de buen grado los ídolos de sus templos, para, en su lugar, rendir culto a Pachacamac; ofreciéndoles en cambio elevarlos a la condicion de súbditos del inca, i respetarles sus vidas i sus propiedades; porque, como decía uno de los abuelos de Huayna Capac, “no debían destruir a sus enemigos, pues pérdida de ellos sería, una vez que aquellos pertenecieran al imperio”. Hecho raro de la política indiana, que ni aun en la historia del pueblo romano se registra; supuesto que los sometidos al yugo de los descendientes de Quirino nunca salian de la humillante condición de *bárbaros*.

Cuando las naciones intimadas por el inca no se sometian voluntariamente, entónces este apelaba al recurso de la fuerza, recurso infalible; empero nunca con la mira de aniquilar, sino de atraer.

Huayna Capac era a todas luces un príncipe querido i respetado de su pueblo; a quien no atormentaba otra cosa que la idea de que, a la

época de su muerte, pasaría su floreciente reino a manos de Huascar, su primogénito, incapaz de gobernarlo, i por tanto, mui capaz de perderlo. I era esta abrumadora idea la que amargaba todos los instantes de su vida, llena por otra parte de delicias.

—No hai medio, solía decirse el acongojado inca: Huascar tiene que sucederme en el gobierno, el cual debe pasar íntegro a su poder, segun los estatutos que rijen; pues no seré yo nunca, el que los viole en punto tan cardinal, ya que han sido respetados por todos mis antepasados; ni será tampoco mi pueblo el que se preste dócil a semejante violacion! Ah! si Huascar fuese Atabalipa, i Atabalipa Huascar, sería yo el mortal mas dichoso de todo el universo; i ningun cuidado me daría este reino, que no tardará en desplomarse sobre mis restos!...

I no era precisamente porque Huayna Capac amase mas a Atabalipa que a Huascar, que se lamentaba de que no fuera el primero el príncipe que debía sucederle; sino porque la audazia, la astucia bien disfrazada, el talento singular i hasta la educacion guerrera de Atabalipa, unido todo a su ambicion, garantizaban, por decirlo así, a los ojos de Huayna Capac el mas próspero i brillante reinado de su raza. Al paso que el espíritu timorato de Huascar, su corazon de mujer i lo feble de su temperamento, nada prometian para el porvenir; i hacian temblar a su padre cuando consideraba que tendría siempre a su lado un hombre tan peligroso como el bastardo, pronto a dominarlo, i pronto tambien a despojarlo del mando.

Por lo que respecta a Atabalipa, dotado como estaba de un inmenso jenio, i ambicioso por naturaleza, de tiempo atras aspiraba a suceder a su padre en el trono de los incas, bien a su muerte, bien en la primera oportunidad que la fortuna le deparase. Razon por la cual no descuidaba nada de lo que pudiera servir a sus secretos designios, ya exhibiéndose como el jóven mas valiente i jeneroso de todo el imperio, ya ganándose la amistad de los nobles i de los militares. Empero, sus afecciones, por ostentosas que fuesen, nunca pasaban en el fondo de su corazon de ciertos reducidos límites, temeroso de que alguno tomase ascendiente sobre él; pudiéndose decir, sin temor de equivocacion, que para Atabalipa todos los hombres eran iguales, salvo que unos eran mejores instrumentos que otros para ciertos fines, razon única de todo su cariño.

A nadie amaba Atabalipa, ni a nadie aborrecía; solo que despreciaba mas o ménos a sus semejantes, segun sus calidades.

Si manifestaba respeto a Huayna Capac, era porque disponía de un trono; si halagaba a Quizquiz i Challeuchima, era porque los necesitaba.

De Scyri Paccha, su madre, tan solo hacía levisima memoria.

Por Huascar no sentía odio, sino desprecio i lástima; i si no hubiera sido hijo de Coya, jamas lo hubiera honrado con un pensamiento.

En suma, propiamente hablando, Atabalipa no tenía mas confidente que su espíritu, ni mas amigo que su corazon.

Quizquiz i Challeuchima, como soldados i como nobles principales de los cautivos quitenses, no pensaban en otra cosa que en redimir a su nacion del poder de Huayna Capac. Proyecto al cual unía el segundo la memoria de su padre vencido i muerto, i el recuerdo de su hermana deshonorada por el ínca reinante.

Fanáticos por su causa, para estos dos hombres no había sacrificio grande, ni crimen, ni deslealtad, siempre que fuese en provecho de ella. Si habían hecho a Atabalipa su poderoso instrumento, era porque Atabalipa se encontraba en circunstancias en que no se encontraba otro alguno, ni el mismo Challecuchima; pero al haber existido otro, ellos le hubieran dado la preferencia.

En su vida de conspiradores, nunca vacilaron, ni temieron nada; hasta el punto de tramar contra la vida de Huayna Capac, no obstante los favores que habían recibido de él.

Pero qué hacer? —un juramento sagrado los había lanzado en aquella vida de defección; el amor patrio i la venganza los cegaba...

## — XI —

El sol declinaba rápido ácia el ocaso.

Un hombre con pié tranquilo i aire indiferente, faldeaba los protuberantes estribos de la cordillera que, cual impenetrable muro de verdura, se alza al Este del Cuzco; i se internaba mas i mas en el bosque, despues de haber andado gran trecho de la majestuosa i solitaria calzada que conducía de esta ciudad a la rejion austral de Tavantinsuyu.

Nada al parecer llamaba su atención, ya fuese por el hábito de recorrer aquella no frecuentada via, ya porque los pensamientos que surjian incesantes de su cabeza lo absorbiesen todo i todo lo concentrasen; pero ciertamente era grandioso el espectáculo que le rodeaba. Por un lado elevados picos de montaña escondiendo sus escarpados toques en la rejion límpida del cielo, i como limitando el horizonte en una línea prolongada i tortuosa; por otro, las bajas planicies del mar, franjeadas por su costa de arenisca, i sombreadas de distancia en distancia, por grupos de elegantes i movibles palmeras.

A medida que el hombre subía, el cielo se destacaba a sus ojos mas inmenso i regular, terminando por presentársele como una gigantesca cúpula de tul; i el bosque se hacía mas impenetrable a sus pasos.

El algarrobo de fuerte corazón, la ceiba centenaria, i otros mil arbustos desconocidos se alzaban en la espesura, presentando a los oblicuos rayos de un moribundo sol de estío, sus anchas i hojosas copas, sus delicadas flores i la varia color de sus sazonados frutos, en medio de un ambiente saturado de vainilla i canelo.

Aves de todo tamaño i color volaban en grupos mas o ménos numerosos, de árbol en árbol. Allá en lo mas hondo de la enramada, el picaflores escondía el vívido tornasol de su plumaje, miéntras que el ájil tití, prendido de la cola en un desnudo tronco de nogal, balanzeaba divertidamente su cuerpo flexible.

Ora un corpulento gato montés huía espantado por la hoja seca que caía resbalando por entre el ramaje, o la brisa que murmuraba; ora el temido jaguar escapaba asustado al ruido de los sonantes anillos de la cascabel, o al silbido agudo de la coral.

Solo el condor —rei del espacio— cerníase tranquilo en la inmensidad.

El hombre que trepaba las faldas umbrosas de la cordillera era Quizquiz.

Creemos que no habrá olvidado el lector la conversacion tenida entre este personaje de nuestra historia i su inseparable compañero Challechima, la víspera del huaraco, relativa a su proyecto de quitar la vida a Huayna Capac, a fin de provocar un cataclismo en Tavantinsuyu, que diese por resultado la exaltación de Atabalipa al trono de los incas, o por lo ménos la independencia de su país. Conversacion en que había dicho sentenciosamente Quizquiz “acaso sea preferible el brevaaje al dardo”; i se había comprometido a ver a Umuc, natural versado en el conocimiento de los venenos vegetales, i que desempeñaba en el Cuzco el papel de médico o hechizero.

Umuc vivía en la parte céntrica del bosque que recorría Quizquiz, i vivía en un rancho construido por él mismo con hojas de bihao.

El interior de esta agreste habitacion nada tenía de notable, a no ser las muchas gavillas de yerbas secas de que estaba atestado; i en cuya diseccion i estudio había pasado Umuc la mayor parte de su vida.

Continuaba Quizquiz su embarazoso camino engolfado en las mas hondas meditaciones, nacidas todas del atrevido paso que iba a dar, i en el que jugaba la vida de millares de personas, empezando por la suya propia i la de su cómplice, casi pronto a desistir de su intento; mas la idea de aparecer cobarde a los ojos de Challechima i de dejar burladas las esperanzas, prontas a realizarse, de sus comitentes de Quitus, alentaba su desmayado corazon i daba celeridad a sus movimientos. Acaso el destino lo impelia ácia adelante...

Era Umuc un hombre como de cincuenta a cincuenta i cinco años, flaco de miembros, pequeño, de tez ennegrecida por el sol, i de larga i desgredada cabellera. Traía, por todo abrigo, una manta de tela burda i raída, que sujetaba a la cintura con un ceñidor de piel; i tenía el cuerpo pintado de diferentes i emblemáticos colores.

Sus pequeños i hundidos ojos brillaban a todas horas con cierta luz dudosa, de mal agüero, i daban a su cara enjuta i sin pelo de barba una tinte de sospechosa animacion.

A la hora en que nos referimos, estaba parado en la angosta puerta de su rancho, construido sobre una estacada de guadua de poca altura, que lo preservaba de la humedad i de los reptiles, i al cual se subía por un tronco de encina colocado casi verticalmente, i tallado de trecho en trecho, a guisa de escalera. Sin duda esperaba a Quizquiz, pues no apartaba la vista de la angosta vereda que volteaba negrusca por entre la maleza, i a cada ruido que oía se empinaba sobre la punta de los piés para inspeccionar mejor los alrededores.

Quizquiz apareció como a veinte pasos de la morada de Umuc.

—Al fin llegas, exclamó este con cierto contento que revelaba la inquietud con que lo había estado esperando; bien venido seas.



—Parece que me esperabas? —dijo Quizquiz, sin curarse de la salu-  
tacion de Umuc.

—Sí, te esperaba; i ya estaba creyendo que no venias. La cita era  
para mas temprano.

—Está tan retirado tu albergue, dijo Quizquiz empezando a subir  
por el tronco-escalera, que ya desesperaba de dar con él. Por qué causa,  
amigo Umuc, has fijado tu residencia en medio de las fieras i de las  
culebras?

—No digas en medio de las fieras i de las culebras, sino en medio de  
la naturaleza vegetal. La he fijado aquí, porque aquí es donde he debido  
fijarla, para poder entregarme a mis estudios tranquilamente.

—Cierto, Umuc; i, muchas consultas en los últimos días?

—Pocas, apusquipay, respondió Umuc con acento hipócrita; mi es-  
casa fama disminuye en vez de aumentar.

—Siempre modesto, Umuc; siempre modesto, i sabio.

—Me lisonjeas, apusquipay.

—Te hago justicia.

—Sea como tú dices.

Quizquiz estaba inquieto, pues no acertaba el modo de mover conver-  
sacion sobre el objeto que lo traía, sin despertar las sospechas de Umuc;  
este como que penetraba su inquietud i se gozaba de ella en silencio.

Quizquiz rompió este el primero:

—Creo que me dijiste que me esperabas?

—Así fué. Lloque me previno el honor de tu visita.

—Conoces a Lloque?

—Fuimos camaradas en otro tiempo.

—I ya no?

—Ya no; porque yo dejé de ser soldado.

—Con que has sido soldado, mi buen Umuc?

—I en épocas en que valía la pena serlo.

—En qué épocas?

—En la del gran Tupac Yupanqui.

—I en qué campañas estuviste?

—En las de Chili.

—Es decir que nunca fuiste a Quitus?

—Es decir que nunca fuí a Quitus.

—I cómo se portó Lloque en esas campañas?

—Como un quillacinga.

—De manera que habrás platicado mucho con él cuando vino a pre-  
venirte de mi visita: dos soldados viejos son incansables para ello.

—Algo hablamos, respondió Umuc con sorna.

—Pero vamos a mi asunto.

—Dí, pues.

Un sudor frío discurrió por todos los miembros de Quizquiz. La voz se le detuvo en la garganta. Aunque fuerte, Quizquiz no era un empedernido criminal.

Umuc le había quitado los ojos de ensima, como para desembarazarlo.

—Es probable, dijo al fin Quizquiz algo sereno, que dentro de poco nos pongamos en campaña.

—En campaña! i por qué?

—Por muchas razones.

—No las alcanzo. El país está tranquilo; i no he oído decir que se prepare ninguna conquista. Se teme por ventura alguna conspiración?

Esta palabra hizo estremecer a Quizquiz.

—Te engañas, Umuc, Huayna Capac piensa expedicionar sobre la costa.

—Sobre la costa! no es toda ella suya?

—Por lo mismo.

—Cómo por lo mismo?

—Sí, por lo mismo; lo que tiene es que me he equivocado, lo que piensa Huayna Capac no es expedicionar precisamente, sino pasear.

—Comprendo: un gran paseo militar.

—Un gran paseo militar por la costa, ni mas ni ménos; eso es.

—I a fe que será mui oportuno.

—Mui oportuno dices?

—Mui oportuno: abrigo mis temores...

—Tus temores! cómo así?

—He visto en los cielos los funestos anuncios de una invasión por el lado del mar.

—De una invasión?

—Sí, de una invasión de extranjeros.

—Ves ahora cómo sí hai probabilidades de entrar pronto en campaña, dijo Quizquiz, apoderándose de la idea de Umuc.

—Sin duda.

—Pues bien, necesito para entónces algunos bálsamos para mis soldados.

—Ah! dijo Umuc sorprendido de que diese tal sesgo al negocio, sin duda el mas opuesto, pues preguntaba por la *vida* para que le respondiesen por la *muerte*.

—Te sorprendes?

—Por qué había de sorprenderme? es tan natural en un soldado de nuestros tiempos cargar bálsamos como cargar armas. No te olvides de que yo tambien he sido de la profesion.

—Sí, sí; pero tienes lo que busco? repuso Quizquiz impaciente i reze-  
loso de que Umuc volviese a torcer la conversacion.

—Lo que buscas, Quizquiz? respondió este con aire de duda.

—Sí, los bálsamos?

—Hum!... sí los tengo, i los mejores posibles. Casualmente he pre-  
parado en estos dias una infinidad, entre los cuales hai algunos de una  
virtud admirable.

—Ya te he dicho que eres un sabio, un verdadero sabio.

—Un entusiasta por la ciencia, i nada mas.

—I podremos ver esos nuevos prodijios?

—Al momento, dijo Umuc dando un cuarto de conversion sobre su  
derecha e inclinándose lo bastante para poder entrar por la angosta puer-  
ta de su habitacion. Quizquiz lo siguió.

Como dijimos ántes, el interior de la morada del hechizero estaba  
atestado de gavillas de yerbas secas, atadas con quipus, que hacian el  
doble oficio de ligaduras i letreros de clasificacion. Había tambien en ella  
varias redomas repletas de resinas i materias oleosas, montones de pepas,  
cortezas de árboles, pieles de liebres, pájaros, insectos i sierpes disecadas.

Umuc mostró a Quizquiz todo aquel receptáculo de preciosidades con  
muestras visibles de un orgullo satisfecho. El guerrero lo vió atónito de  
asombro; miéntras que oía, que no escuchaba, con estupor las propiedades  
respectivas de aquel tesoro valiosísimo; pues aunque Quizquiz, como ya lo  
hemos dado a entender, no era un hombre comun, no por esto dejaba de  
pagar tributo a la supersticion de su país, que le hacía ver en el hechizero  
un jénio superior, capaz de leer en el quipus estrellado del firmamento  
los destinos de la humanidad entera, i de sondear el porvenir de toda su  
jeneracion con una simple mirada.

Con efecto, Umuc venía a ser entre los Tavantinsuyu lo que los agu-  
res en la antigua Roma o los astrólogos en la Edad media: el depositario  
de la ciencia cabalística.

—Aquí tienes, dijo Umuc tomando unas hojas de agradable olor, ver-  
desclaras i dentadas, el *chilca*; este es un específico superior contra las  
roturas de huesos.

—Lo conozco, Umuc.

—Este es el *huantuc*; produce borracheras i causa visiones.

—I qué mas?

—Esas son todas sus virtudes.

—Adelante pues, repuso Quizquiz con impaciencia.

—He aquí el tremendo *caspi-caracha*. Este es un arbusto frondoso, de  
hoja regular, lustrosa i olor grave; cuya sombra, despues de hinchar a la  
persona, causa de seguro su muerte.

—Terrible efecto! I no tiene contra? preguntó Quizquiz animado por  
una súbita esperanza.

—La tiene, siempre que se administre en tiempo al paciente unos tragos de agua, en que se haya echado ceniza de la hoja o del tronco del mismo arbusto.

—Es bien raro.

—Raro sí; pero cierto, repuso Umuc con aire de autoridad.

Quizquiz guardó silencio, temeroso de prolongar con la discusión un acto que para él duraba demasiado.

—Pero te voi a mostrar algunas resinas recojidas recientemente...

—Umuc, no pudiéramos dejar eso para otra ocasion?

—No era mejor ya que estás aquí?...

—Preferiría...

—Preferirías?... yo bien sé lo que preferirías, interrumpiole Umuc sonriendo.

—Qué?

—Que te diese lo que has venido a buscar aquí.

—Precisamente.

—Pues bien, apusquipay, ahora me toca a mí preguntaros ¿no pudiéramos dejar eso para otra ocasion?

—Perdona, Umuc, si te ofendí.

—Nada de eso: es porque tal vez esto te tendría cuenta.

—Lo crees así?

—Lo creo. Podías...

—Podía qué? preguntó sobresaltado Quizquiz, mas por el acento que por las palabras del hechizero, aunque ellas eran bastante alarmantes.

—Arrepentirte.

—Arrepentirme?

—No comprendo, Umuc.

—No quieres comprender; no ves que dejando eso para otra ocasion...

—Qué? preguntó Quizquiz que empezaba a perder el hilo de las ideas por las sospechas que le estaban dando las retisencias de Umuc.

—Lo de los bálsamos.

—Ah!

—Pues bien, dejando lo de los bálsamos para otra ocasión, acaso pudiera preparártelos mejores que los que tengo actualmente.

Quizquiz respiró. Las últimas palabras del hechizero le quitaban un fardo de encima; sin duda se había equivocado: Umuc nada sospechaba.

—Sea como tú quieras, agregó al fin.

—No, apusquipay, esta no es mas que una indicacion mia.

—Me ocurre una cosa: dame los mejores que tengais i esperaré por el resto.

—Bien pensado.

—Veamos, pues.

—Aquí tienes, dijo Umuc a Quizquiz con la mayor sencillez, i como si la hubiese encontrado por casualidad, aquí tienes una sustancia sacada del *itiles* i el *pilcos*, que constituye uno de los venenos mas activos que conozco. No sé por qué habia olvidado ofrecértela.

Quizquiz estuvo a punto de gritar de placer. Las últimas palabras del hechizero ponian término a aquella entrevista fatal. Umuc lo habia comprendido así, i por eso las habia pronunciado; como tambien con el objeto de ahorrar la iniciativa en tan peligroso asunto a su interlocutor, que por lo visto no la tomaría nunca.

—Dices que es un veneno mui activo.

—Activísimo.

—Entónces no puede ménos que ser escelente para embotar las puntas de nuestras armas arrojadas.

—Así es.

—Espero que me des alguna cantidad.

—Cuanta gustes.

Quizquiz sacó de entre uno de los anchos pliegues de su follada túnica una cajita de oro como llevada al efecto, i recojió en ella la sustancia. Guardola en seguida cuidadosamente.

Umuc lo miró por lo bajo, i sonriose.

Pasado esto, ya no se volvió a hablar de los bálsamos.

Los dos amigos se retiraron despues de mil protestas de recíproco afecto. I cuando ya Quizquiz se perdía en las primeras vueltas de la vereda que lo habia traído, Umuc, mas bien saltando que descendiendo por el tronco que le servía de escalera, tomó por el lado opuesto murmurando:

—Insensato! todo lo sé...

## — XII —

—Perdona, señor, si penetro hasta vuestra estancia privada, decía el Amauta a Huayna Capac la noche del día de que acabamos de hablar; pero la salud del país hace que sacrifique en este momento las ceremonias de palacio.

—Ahorra tus excusas, Amauta, estoi convencido de tu zelo, i siempre ha sido grata para mí tu presencia, contestole Huayna Capac. Habla que ya escucho.

—No ignoras, señor, que la educacion de tu hijo Huascar me fué confiada, i que yo hize por ella todo lo que mis débiles fuerzas me permitieron. Esta circunstancia, unida al cariño entrañable que debe tener todo natural al inca, ha hecho que yo tenga por el aunqui un interes igual al tuyo, i que vele noche i dia por sus derechos.

—Tanto él como yo te estamos altamente reconocidos.

—No se trata de eso, señor, yo bien sé cuánto tengo que esperar del cariño del Inca, i del cariño del hijo del Inca; por lo que no vengo a alegar mis servicios para reclamar una recompensa, sino a denunciaros un crimen, un gran crimen!

—Un crimen! un gran crimen?

—Sí, Inca, un crimen de traición, de alta traición! I de quiénes? de los mismos que te adulan; de los mismos a quienes colmas de favores i de distinciones; en una palabra, de Quizquiz i Challechima!

—Imposible!

—Imposible! Toma i lee, dijo el Amauta con aire de triunfo, dando a Huayna Capac un quipus que sacó de una cajita de pino desarrajada.

Huayna Capac tomó el quipus i empezó a decifrarlo. Una nube sombría cruzó por su frente, sus manos se crisparon, i tuvo que reclinarse contra la pared para no caer. Traidores! murmuró; i luego como buscando, por no querer convencerse, argumentos contra el Amauta, añadió: pero cómo sabes tú que este quipus es de ellos?

—Porque el comisionado de llevarlo a Quitus donde Scyri Paccha, la madre de Atabalipa, me lo ha dicho.

—Cómo?

—Es un sirviente fiel, que yo he hecho entrar intencionalmente en el servicio de los conspiradores.

—Comprendo.

—Va ya para algunos soles que Coya i yo empezamos a descubrir que Quizquiz i Challechima te vendían; i desde entónces seguimos todos sus pasos, sin que hasta ahora se nos haya escapado uno solo.

—I por qué no lo habias dicho mas ántes?

—Porque esperábamos hacerlo con la prueba en la mano.

—Nunca los hubiera creído capaces de tal perfidia.

—Pero olvidas, señor, que son extranjeros conquistados, i bastante orgullosos para no acostumbrarse jamas al dominio de su vencedor.

—Sí; pero he hecho tanto por ellos; los he ensalzado tanto, que mas bien estoi por creer que soñamos los dos, Amauta, que por convencerme de que este quipus fatal existe; que está en nuestro poder; i que nos revela el gran crimen que poco ha me delatabas.

—Pero destruyamos esta maldita conspiracion.

—I cómo la destruiremos?

—Mandando prender a Quizquiz i a Challechima, i...

—Mal medio me parece ese, malísimo. La violencia en este caso mas bien haría estallar que conjuraría la tempestad.

—Entónces?

—Lo mejor será combatirlos con sus mismas armas, parando todos sus golpes, i estando prevenidos para lo venidero.

—Te entiendo; pero mejor sería cortar el mal de raiz.

—Repasemos ese quipus.

Huayna Capac leyó en voz alta, aunque un poco turbada por la emocion.

*“Scyri Paccha:*

*“Hoi Atabalipa ha vencido, a los ojos del pueblo i del ejército, a Huascar en la espléndida fiesta del huaraco”.*

—Por Cupay! exclamó Huayna Capac, dándose una fuerte palmada en el rostro, ahora comprendo.

El Amauta lo miró asombrado, i se atrevió a balbucir, qué?

—Por qué Atabalipa tomó empeño en presentarse como lidiador en el huaraco! El infeliz obraba por inspiraciones de esos pérfidos!

El Inca prosiguió:

*“Tal victoria nos brinda la circunstancia mas propicia para consumir nuestro plan?...”*

—Ella tambien! murmuró Huayna Capac.

Este *ella*, que se referia Scyri Paccha, estuvo a pique de arrancar de labios del Amauta la confesion de que, en su sentir, la madre del bastardo era el motor principal de aquel temerario complot; pero el tono de sentida queja de las palabras del Inca le detuvo, pues por él comprendió que todavía la amaba bastante para no permitir que se la acusara.

Huayna Capac continuó:

*“Descuida, querida hermana mía, quedarás pronto vengada, i Atabalipa el bastardo será proclamado inca de Tavantinsuyu”...*

El Inca frunció el ceño, i luego añadió:

—Pero esto es monstruoso.

—Todavía mas de lo que yo me imaginaba. Hasta ahora que te he oído es que he comprendido cuánto hai en tan corto quipus. Yo creía que no se trataba mas que de segregar a Quitus de Tavantinsuyu; pero esas frases —*“Atabalipa el bastardo será proclamado inca de Tavantinsuyu”*—, me han abierto los ojos.

—El trance es difícil.

—A mí me parece que sabemos cuanto es necesario para...

—En cuanto al fondo del asunto sí; pero nada mas que en cuanto al fondo. Sabemos *por qué* se conspira (al ménos yo); pero no *cómo se conspira*.

—Ya trataremos de averiguarlo.

—Acaso no nos den tiempo. Hoi hace dos dias que pasó el huaraco, dia en que se remitió este quipus; por qué razon me lo traes hasta ahora?

—Porque el encargado de llevarlo a su destino, para alejar toda sospecha de sí, anduvo un dia i una noche en direccion de Quitus; hasta que, seguro de que nadie lo espiaba, volvió atras para entregármelo.

—Se ha perdido un tiempo precioso.

—Pero indispensable.

—Cálzate, Amauta, dijo Huayna Capac, haciendo una señal con la mano a este para que se retirase.

El Amauta se puso las sandalias, que, segun era estilo entre los incas, se quitaban todos los que eran introducidos a su presencia, i despues de saludar profundamente a Huayna Capac, se retiró.

—Esto marcha mal, mui mal, dijo este luego que se encontró solo. Qué he hecho yo todo este tiempo que nada he descubierto? Por fortuna se conspira en favor de Atabalipa, el hijo predilecto de mi corazon —esto como que atenúa a mis ojos el carácter de la conspiracion. Mas, para que él pueda ser proclamado *inca de Tavantinsuyu*, es necesario que yo no exista ¿acaso se pensará en asesinarme?... Al llegar a este punto un estremecimiento frío circuló por todo el cuerpo del Inca, pues aunque valiente, al fin era hombre; i no se puede pensar con calma en un peligro tan grande como el de perder la vida, perderla en la hora ménos esperada, sin que ese mismo estremecimiento nos acometa.

—Sí, agregó luego, deben tratar de asesinarme; pues bien saben ellos que miéntras yo viva nada podrán hacer, absolutamente nada, aunque me encerrasen en una fortaleza, aunque probasen desterrarme... Pero es una locura querer que Atabalipa sea exaltado al tiana de los incas, pues los estatutos del país no conceden tan elevada prerrogativa sino a los hijos lejítimos de Coya, i eso no a todos indistintamente, sino al primojénito no mas... Necio de mí! Qué tienen que ver los conspiradores con los estatutos del país? si los respetasen, no conspirarian. Mas, puede que el pueblo no sea traidor: en los trece reyes que, conmigo, cuenta nuestra dinastía, no hai un solo ejemplo de lo que ahora se trata de que suceda; pues si Ripac subió al trono en vida de su padre, fué por voluntaria abdicacion de aquel; i si Urco solo gobernó once dias, fué porque el pueblo i los ñusticuna lo depusieron por inepto, llamando religiosamente a su hermano Titu a subrogarle. No hai porque dudarle, el pueblo de Tavantinsuyu es fiel, i nunca permitirá que dos extranjeros audazes echen por tierra mis derechos i los de mi hijo, que al fin son los suyos propios. Pero ¿qué va a hacer ese pueblo, por mas fiel que sea, contra el ejército, que mandan los conspiradores, i contra los ñusticuna, que no teniendo de ello mas que el nombre, todos secundarán a Quizquiz i a Challeuchima, como el mejor medio de servir a su ambicion? No hará nada; porque nada podrá hacer; al paso que se le halagará con el hecho de que, aunque bastardo, Atabalipa es hijo mio... I no debo engañarme en estos momentos solemnes: los conspiradores me tienen ganada la partida, pues aquel es un príncipe completo; miéntras que el pobre Huascar mejor está para cushipata (sacerdote) que para inca. Ya los ñusticuna i los soldados lo tienen conocido así, debido al lazo que mis indignos servidores me tendieron a propósito del ceremonial de huaraco, i en el cual caí con una candidez que no tiene disculpa. De qué pequeñezes dependen los destinos del hombre! Con cuánto gusto no aplaudía yo desde el fondo de mi corazon los víctores del pueblo entusiasmado a mi hijo Atabalipa, el dia de la fiesta, sin imaginar siquiera ¡cómo imaginarlo! que cada uno de ellos minoraba un año, por lo ménos, mi existencia, i hundía mas i mas mi tiana en el abismo de su ruína! I por qué los aplaudía? Porque Atabalipa es el hijo de mis entrañas, el hijo de mi amor, de mi único amor; i yo le amo, mas que le amo, lo adoro, como he adorado a su madre traidora, que hoí me vende, i me paga en odio la constancia de toda mi vida!...

*Descansa, querida hermana mia, quedarás pronto vengada!* Esta promesa terrible, que el Amauta no ha podido comprender en ese quipus san-



griente, es el hecho de mi historia íntima que resume toda mi vida. No, Scyri! no he olvidado nunca tus palabras supremas en mi primera noche de amor — *“Me entrego a tí, me dijiste con voz amenazante, porque después de la pérdida de nuestras armas, eres aquí el amo; mas nunca olvides que abusas de tu poder; i que si soporto la vida después de tanto ultraje, es solo por vengarme”*. No, Scyri! no he olvidado nunca esas palabras terribles; pero has sido mui injusta conmigo, yo siempre te he amado con todas las fuerzas de mi alma, solo que tú no has creído en mi amor i has tomado por abuso, lo que no era sino una preciosa necesidad de mi existencia. No, Scyri, Huayna Capac, inca, nunca ha sido falaz!

Solo un cargo, un solo cargo puedes hacerme, Scyri, el cargo de la muerte de tu amante. Fué un error, lo confieso; como aqui, yo debí ser jeneroso contigo i con él, uniéndoos ante el altar sagrado de vuestros amores; pero me olvidé de mi condicion, para acordarme solo de mi ira: los celos me cegaron, i el arrepentimiento ha espiado mi culpa. Pero tú no quieres olvidar, Scyri; i hoi, al cabo de tanto tiempo, unes tus esfuerzos a los de tu hermano para vengarte, como me lo prometiste. Bueno, mujer implacable, lucha; pero al luchar, no olvides que luchas con el hijo del Sol!

Así terminó Huayna Capac las reflexiones que le sujiriera el quipus de Challcuchima, i luego se entregó al sueño; pero no ántes de haber tomado su partido para sobreponerse a la situacion.

Los lectores que hayan tenido la paciencia de acompañarnos hasta aquí, habrán podido notar, hasta donde lo permite lo imperfecto de nuestra pluma, que Huayna Capac era un gran rei, superior en un todo a su país, el cual comprendía con esa facilidad que es peculiar a los hombres de jenio. I que, si en vez de vivir i reinar en el mundo americano, hubiera vivido i reinado en el mundo europeo, habría sido un príncipe a lo Luis XIV; i la historia nos hablaría de él como de un verdadero hombre de Estado; cualidad, por desgracia, poco comun en los que, el capricho inesplacable de la fortuna, coloca bajo el prostituido dosel del gobernante.

Ciertamente, Huayna Capac en todos los tiempos de su glorioso reinado, i por dificiles que fuesen las circunstancias, siempre estuvo en su puesto, esto es, en el trono; pues nacido de él, i a fe que lo consiguió mejor que ninguno de sus ilustres antepasados. Descubierta la conspiracion que lo preocupaba a la época que esta historia se refiere, i descubierta por la vijilancia del Amauta i de Coya, si hubiera sido un gobernante vulgar, habría hecho un escándalo en el Cuzco, apoderándose de los jefes de ella, i mandándoles quitar la vida por su traicion; pero, como hombre superior, conoció desde el primer momento que lo mejor que podía hacer era combatir a los conspiradores con sus mismas armas, luchando con ellos en silencio, i no dándose por notificado de sus proyectos, seguro de vencerlos a la larga.

Sosteníalo en esta política acertada la causa secreta de la conspiracion, la cual no era otra, como ya se ha visto, que el despecho de una mujer bastante poderosa para ser temida. I hasta si se quiere, lo que tenía de galante tal conducta, pues de antemano Huayna Capac se solazaba con la idea de su triunfo, para poder decir, en un dia no mui distante, a su

bella enemiga: "Has llevado tu odio hasta querer despojarme del llauta i de mi vida; te he vencido, Scyri, i te perdono. Esto solo lo sabemos los dos, i tus cómplices; pero no importa: a nosotros solo i a ellos atañía el asunto. Seamos buenos amigos en adelante, una vez que ya no hai diferencia entre nosotros, por habernos hecho el crimen iguales".

Como se ve, este modo de pensar no podía ser mas caballeresco, ni llenar mejor los deseos del corazon mas noble. Huayna Capac lo comprendía así, i por eso casi estaba contento de la conspiracion, pues venía a proporcionarle la ocasion de obrar conforme a sus deseos romancescos.

El Amauta i Coya, por el contrario, como no veian claro en el asunto, estaban, segun su espresion favorita, porque el mal se *cortase de raiz*; i, centinelas avizores de sus enemigos, habian experimentado un intenso placer, el placer del triunfo definitivo sobre el adversario, cuando lograron apoderarse del quipus que había dado a Huayna Capac la clave de la conspiracion; quipus, con el cual se prometian hacer rodar las cabezas de Quizquiz i Challcuchima, en beneficio de su ulterior tranquilidad. Por esta razon salió el primero un poco corrido del cuarto del Inca, al ver el inesperado sesgo que tomaba el asunto, i fué a llevar el desengaño a la segunda, que esperaba, trémula de ansia, en la puerta de su habitacion.

—Qué hai? preguntole esta al verlo venir taciturno.

—Nada, porque el Inca se promete esperar.

—Esperar! Duda por ventura?

—No duda; pero lo cree conveniente.

—Se ha perdido la mejor ocasion.

—Así lo creo.

—Amauta, yo voi a hablar a Huayna Capac.

—Me parece inútil, Coya.

—Pobre hijo mio, pobre Huascar! Estás perdido irremisiblemente! Dijo la enamorada madre juntando las manos con desesperacion i anegándose en llanto.

—Tranquilízate, señora, repuso el Amauta, quien, como todo el que de súbito ve burladas sus esperanzas, se había complacido amargamente en exajerar lo crítico de su situacion; el Inca reflexionará esta noche, i acaso mañana mude de parecer viendo lo inminente del peligro.

—I si no reflexiona?

El Amauta no respondió, e hizo un movimiento de cabeza, que tanto quería decir como: entónces no hai remedio.

—Crees que debemos esperar a mañana?

—Sí creo.

—Tanto tiempo!

—No es tanto si con él se compra el llauta.

—Pero ahí está la dificultad.

Apénas empezaba Huayna Capac a adormecerse, fatigado por el peso de sus pensamientos, cuando sintió al lado del jardin, sobre el que daban algunas de las ventanas de su estancia, el dulce son de un bien templado instrumento, al cual se unía, de vez en cuando, una voz varonil pero cadenciosa.

La hora de la noche i lo melancólico del canto, le hicieron creer al principio que estaba bajo el ala de rosa de un sueño apacible; mas a fuerza de poner atencion al armónico rumor que le embriagaba, acabó por despertarse del todo, e incorporándose en su lecho, pudo percibir distintamente los versos de aquella inusitada cantinela, que, sin duda, por el estado de su ánimo, le preocuparon sobremanera.

La voz cantaba a lo léjos:

*Tranquilo en su blando lecho  
Duerme el Inca, mi señor,  
Mientras que en oscura sombra  
Le asecha amigo traidor.*

—Qué es esto? dijo Huayna Capac asustado, no parece sino que ese canto está en relacion directa con lo que está pasando; escucharé.

I arrojándose de la cama, fué a colocarse en el alfeizar de una ventana.

La voz continuó:

*I entre tanto cortesano,  
I entre tanto adulator,  
No hai quien denuncie el peligro,  
Ni quien delate al traidor.*

Huayna Capac se sonrió tristemente.

*Empero, duerma tranquilo  
El buen Inca, mi señor,  
Que vela por él constante  
Quien no se vendió al favor.*

Aún no se habian estinguido en la atmósfera perfumada de la noche los dos últimos versos del cuarteto precedente, i ya había Huayna Capac formado la resolucion de saber a todo trance quién fuese el trovador; pues no podía ménos de ver en él un amigo oculto, que se valía de aquel medio, bastante ingenioso, para avisarle que corría un peligro, i ya iba a llamar a Sinchi, capitan de sus guardias, que dormía en el aposento de la izquierda, para encargarlo de la comision, cuando le asaltó la idea de que tal vez el trovador sería el mismo Amauta o alguno de sus sirvientes enviado por él, a fin de fijarlo mas en la creencia de que se conspiraba; por lo que cambió de resolucion.

—Pero no, se dijo despues de un rato de reflexion, no puede ser el Amauta, ni ninguno de sus sirvientes, pues es él bastante avisado para no dar este paso, que, sea como fuere, no es mas que una imprudencia; por-

que ¿quién le aseguraba que solo yo oía esta cantinela? Debe ser otra persona que no ha podido llegar libremente hasta mí para prevenirme. Ahora estoy decidido, i averiguaré quién es; pero no llamaré a Sinchi, porque esto sería alarmar a todo palacio. Iré, pues, yo en persona.

I sin esperar mas, echó sobre sus hombros su manto de escarlata, calzose unas sandalias de fina piel de tigre, i volviendo a la ventana desde donde había escuchado, levantó suavemente el rico cortinaje que la cubría. Ya se aprestaba a saltar a abajo, cuando le ocurrió el pensamiento de que aquello podía ser un lazo que se le tendía; i casi estuvo a punto de desistir de su intento. Pero Huayna Capac no era hombre que retrocediese delante del peligro, i volviendo atras, se armó con un fuerte i pequeño mazo, su arma favorita; i regresando a la ventana, saltó por ella con una facilidad asombrosa, no obstante sus quince piés de elevacion.

En obsequio de la verdad, debemos decir que no solo Huayna Capac había oído al nocturno trovador; también lo había oído Coya, desvelada por el mal suceso de la tentativa cerca del Inca, i entristecida por el hado que perseguía de muerte a su hijo Huascar.

Desde luego que las impresiones que el canto habían producido en su ánimo, aunque parecidas en el fondo a las de su esposo, eran algo distintas; empezando por creer que el descubrimiento de la conspiracion, del cual no podía ménos que gloriarse, había sido un descubrimiento tardío, puesto que ya era una cosa tan vulgar, que andaba en boca de los cantores populares. Semejante idea estuvo a pique de matarla de desesperacion; pues, como mujer entendida, sabía bien cuánto era el ascendiente que perdía sobre el Inca, al no ser ella i el Amauta los primeros en avisarle del riesgo que le amenazaba. Ascendientes que se había prometido explotar en beneficio de su hijo. Pero no, soi una insensata! se dijo al fin, este no puede ser otro que el Amauta. Magnífica resolución! magnífica! buen amigo mio; ella sin duda resolverá el asunto favorablemente. Gracias, Amauta, gracias!

I ya tranquila enteramente, cerró los ojos, i durmiose rebozando de esperanzas para lo porvenir.

Nosotros no sabremos decir todavía si Coya se engañaba; pero era muy probable, puesto que los trovadores, como en todo pueblo del mundo ácia la época de su *edad media*, esto es, en el último tránsito de la barbarie a la civilización, eran en Tavantinsuyu muy comunes; aunque tal vez no tan adelantados i cultos en la *gaya ciencia* como los de los países europeos. Esta comunidad los había familiarizado tanto con los naturales, que ya ni su aparicion, ni sus cántigas, por raras que fuesen, los sorprendían; que todas ellas se miraban como hijas de la tradicion, i por tanto, como alusivas a los tiempos pasados. Su presencia, como frecuente que era en los caminos i plazas públicas, así como en las puertas i los jardines de los nobles, no causaba mayor novedad; cuando mas uno que otro muchacho, para los cuales todo tiene siempre aire de novedad, solía seguirlos, gritando a sus compañeros al paso: “el haravec!”, “el haravec!”. Esto es, *el bardo! el bardo!* Grito que nunca los importunaba, i que los seguía por todas partes, hasta perderse en las oscuras enrejadas del Cuzco, o en sus alrededores.

Mas, la condicion de bardo o poeta errante en Tavantinsuyu no era solo una condicion de cantor popular, sino que tambien por ella se gozaba del privilegio de escojer los mas brillantes temas de la historia patria, para transmitirlos a la posteridad con todos los encantos de la epopeya. Asi es que sus poetas deben reputarse como verdaderos analistas del imperio, i buscarse en sus versos las crónicas mas romancescas i los episodios mas raros del país; del mismo modo que los buscamos hoi en las crédulas baladas alemanas o en las leyendas españolas.

El verdadero significado de la palabra *haravec* es *inventor* o *descubridor*; pero parece que ella solo se aplicaba a los bardos; que, con las variaciones peculiares de la época i de la nacion en que vivian, eran los mismos que se conocieron con este nombre entre los primitivos sajones, i con el *trouvers* entre los normandos. Siendo fuera de toda duda que el quichua, que por cierto no es un dialecto comun, se prestaba mas a servir a las formas inspiradas del haravec, que la lengua de aquellas dos naciones, que con el tiempo han venido a ser de tanta importancia etnográfica.

En consecuencia, nada hemos aventurado nosotros al no decir, a punto fijo, si Coya se engañaba o no, tomando al trovador del jardin del Inca por el Amauta en persona, pues conforme podia ser él, podia ser un haravec cualquiera; siendo siempre el mejor medio de salir de la duda el seguir a Huayna Capac en su nocturna investigacion, como vamos a seguirlo.

#### — XV —

El ruido de la caída de Huayna Capac, al saltar de la ventana al suelo, se ahogó entre el susurro de los vientos de la noche i la abundante grama del pensil.

El salto dado por Huayna Capac era ciertamente prodijioso para sus años, pero no es exajerado si se atiende a su educacion i a su constante vida de soldado; pues aunque la gimnástica no estuviese mui adelantada entre los de Tavantinsuyu, es un hecho que se cuidaba mas entre ellos de la ajilidad i desarrollo del cuerpo, que de la cultura del espíritu.

La noche estaba serena; i la luna, próxima a desaparecer en el horizonte, despedía sus pálidos rayos sobre el follaje de los coposos árboles del jardin, proyectando sus sombras sobre las rectas alamedas.

Huayna Capac anduvo algun trecho en direccion del sitio donde le pareció haber oído el canto, el cual había cesado enteramente; i como no percibiese ya el mas leve rumor, escuchó con ansiedad. Al fin resolvió recorrer toda la calle en que se encontraba, como el medio mas seguro de dar con el trovador.

Recorriola en efecto, pero sin fruto; i cuando ya se disponía a volver atras, fatigado por la excursion, i disgustado por el frio de la noche, que comenzaba a ser intenso, alcanzó a ver en el centro de un bosquecillo i junto a un estanque, un bulto que se movía con rapidez.

Apresuró el paso para llegar a él, i llegó ciertamente cuando ya el tal tocaba la estremidad del muro de palacio, i se disponía a salvarlo por una escala de mimbres, colgante de su cima.

—Detente! gritó Huayna Capac.

El desconocido, léjos de obedecer, probó subir rápidamente por la escala.

—Detente! volvió a gritar Huayna Capac con acento amenazador: en nombre del Inca, detente!

El desconocido pensó que, una vez descubierto, era mejor obedecer, i se detuvo. Pero lo que mas influyó en su ánimo para resolverse fueron las palabras *en nombre del Inca*.

—Quién eres? Qué haces aquí? Preguntóle Huayna Capac acercándosele. ¿Es así como te introduces en los jardines del Inca tu Señor, i de noche? Miserable! has incurrido en la pena capital, i morirás!

—Perdon, señor, murmuró el desconocido.

—Aparta de ahí, i dime quién eres, i qué buscas en este lugar?

—Soi... soi... murmuró el desconocido con apagada voz, soi...

—Acabas?

—Soi... Umuc.

—Umuc?

—Para servirlos, señor.

Huayna Capac no conocía personalmente a Umuc, aunque había oído pronunciar su nombre varias veces a los cortesanos, especialmente a los militares de distincion, quienes se deshacian en elogios respecto de su sabiduría i la eficacia de sus bálsamos; así, aunque repitió Umuc como asombrado, lo hizo porque ese nombre despertaba en su memoria recuerdos confusos; i no por ninguna otra razon.

—I qué hacías aquí?

—La cosa es larga de relatar, señor camayuc.

—Bueno, dijo para sí el Inca, el trovador me toma por un camayuc; i luego añadió en voz alta:

—No es tan larga como dices, pues ese instrumento que tienes al lado me lo esplica todo. Has venido sin duda a dar música a alguna de las mujeres de Coya, bribonazo! Pues te juro que eres hombre muerto.

Umuc, pues no era otro en verdad el trovador, no se afaná con semejante amenaza, pues desde el primer grito del hombre que él había tomado por un camayuc de la servidumbre de palacio, había concebido su plan para libertarse; el que no era otro que, en último caso, echarse a los piés del Inca, i confesárselo todo. Por lo cual contestó con bastante sangre fria:

—Te equivocas por entero, señor camayuc.

—Eso lo veremos mas tarde; por ahora sígueme al cuerpo de guardia, donde quedarás arrestado.

Al oír las palabras *cuerpo de guardia*, Umuc palideció, i sus piernas vacilaron. El trance no era para ménos: acababa de pensar en una cosa que hasta entónces no se le había ocurrido, i era en que el camayuc podía ser de los adeptos de Quizquiz i Challeuchima, en cuyo caso moriría irremisiblemente.

Esta idea, que cruzó rápida por la mente de Umuc, naturalista i poeta a la vez, trocó su sangre fria en un desmayo jeneral; i como sucede siempre en tales casos, el miedo fué apoderándose de su corazon con una prontitud extraordinaria i una proporcion alarmante. Soi muerto, muerto! se repitió en el fondo del alma: este camayuc no es sino una espía de aquellos ingratos estranjeros, que ha oído mi cantinela, i seguido mis pasos para prenderme. Que haré? si me conducen a su presencia i me descubro, soi perdido; i si no me descubro, tambien; miéntras tanto el Inca nada sabrá!

—Parece que empiezas a asustarte? dijo Huayna Capac, que al principio había gustado del desembarazo de Umuc; pero que ahora se impacientaba con su cobardía, retratada en su silencio. Sinembargo, aquella cobardía era disculpable; i si Huayna Capac hubiera podido leer lo que pasaba en el interior del hechizero, le habría estrechado cordialmente contra su pecho real.

—Qué, no respondes, insistió el Inca despues de un rato de silencio.

—Sí, señor camayuc, sí respondo, dijo Umuc como despertando del letargo en que lo habian sumido sus tristes pensamientos; sí, señor camayuc, sí, tengo miedo.

—Es injenuo el confesarlo!

—I para qué engañarte? sí, tengo miedo; i lo confieso para que me dejes ir. No hai gloria alguna en avasallar un cobarde.

—Yo no avasallo cobardes, sino atrapo escaladores, repuso el Inca con majestad.

—Yo no soi escalador, sino haravec; i desconozco el derecho que tengas para insultarme.

—Te incomodas? vamos! déjate de eso, amigo Umuc, i sígueme de buen grado al cuerpo de guardia.

Dijo Huayna Capac, i sin esperar respuesta, echó a andar por donde mismo había venido. Umuc siguiolo maquinalmente.

—Bien, dijo para sí el Inca, este hombre parece veraz, i me lo confesará todo sin necesidad de descubrirme; probemos.

—Amigo Umuc, parose i díjole: está visto que los dos no nacimos para reñir, i no reñiremos; pero es preciso no solo que no riñamos, sino que hagamos las pazes de una manera estable, cual las que pueden hacerse entre un soldado i un poeta. I sabes a qué precio haremos esas pazes? dijo el célebre guerrero terror del continente con cierta sonrisa de buen humor, al precio de que tú no solo me cuentes tus amores, sino que me recites esas trovas que tan melancólicamente contabas ahora poco.

—Luego las has oído? preguntó Umuc trémulo de terror.

—Eso no es contestar, repuso Huayna Capac eludiendo la pregunta.

Nada mas fácil para Umuc que recitar a Huayna Capac cualesquiera trovas amorosas, i zurcirle cualquiera novela de amor; pero era el caso que si lo había oído, caería en el embuste. Por lo que desechando este como un mal pensamiento, o por lo ménos como un tanto atrevido, preguntole resueltamente:

—I si te hago partícipe de mis secretos, qué sucederá?

—Que te dejaré ir libremente.

—Hum! se dijo Umuc, el trato me parece ventajoso.

—Hum! se dijo a su vez el Inca, el tunante trata de engañarme; i luego añadió en voz alta:

—Pero hai una cosa, amigo Umuc, i es, que si me engañas, voi a arrojar-te a ese estanque para presa de los pezes.

—I cómo sabrás que te engaño?

—Que cómo sabré que me engañas? No tengas cuidado: eso lo sabré yo mui bien. Habla.

—Soy hombre perdido! se dijo por vijésima vez el infeliz hechizero, que por un momento había tenido la halagüeña idea de su pronta libertad.

—Vaya! no respondes; esa es buena. Sígueme, pues, al cuerpo de guardia.

—Sea, dijo Umuc, i siguió a su interlocutor; añadiendo luego para sí: todo es morir; i mas vale morir sin descubrirme.

## — XVI —

Al terminar la ancha calle de árboles que llevaban el Inca i el cuitado naturalista, i sobre la cual ya se percibía el claro-oscuro de la madrugada, se encontraba el prolongado frontispicio del palacio de Huayna Capac, que se destacaba entre las sombrías arboledas como un gigante de basalto, i en cuyos ángulos mas distantes titilaban algunas luces prontas a extinguirse.

En esta vez, el Inca ni siquiera tuvo la idea de entrar en su habitacion por donde había salido, por lo que se dirigió directamente a una de las puertas del palacio que daban sobre el jardin, en donde estaba el cuerpo de guardia.

Aun le faltaban unos veinte pasos para llegar a la puerta, cuando aquel dió el vigilante *quién vive?* que, para ser verídicos, debemos decir que penetró en los oídos de Umuc como un eco de muerte.

Huayna Capac no respondió, sino que continuó acercándose al centinela, i cambió con él algunas palabras en voz baja. Estas palabras hicieron erizar los cabellos del trovador. El centinela abatió el arma con aire de intelijencia, i el Inca, seguido de Umuc, pasó adelante.

El cuerpo de guardia estaba en una especie de pasadizo de unos veinte piés de ancho sobre treinta de largo, con dos piezas a los costados: una del oficial i otra de los soldados. Huayna Capac i Umuc pasaron de largo; pero es de advertir que, no obstante lo corto de dicho pasadizo, él pareció



inmensamente largo al último; que encontró su aire sofocante; i que mas de una vez lo cubrió con sus miradas, creyéndolo ver a cada paso repleto de soldados para conducirlo a la temida presencia de Quizquiz i Challechima. Por lo que su asombro no fué en zaga a su angustia, cuando se encontró sano i salvo fuera de él, i respirando el ambiente sutil de un patio espacioso i solitario.

Pronto quedó el patio atras, i el Inca entrando en una de las piezas interiores, subió por una escalera que conducía a su departamento, diciendo a Umuc:

—Cuidado, amigo, porque la oscuridad es profunda.

Atravesaron todavía una i otra sala, i dos o tres pasadizos mas, que infundieron ménos susto a Umuc que el primero; hasta que al fin dieron término a la jornada entrando en el dormitorio del Inca.

La vívida luz que despedían las lámparas de plata i oro del real aposento, deslumbró de tal suerte a Umuc, que casi se encontró tan a oscuras como ántes. Por lo que dió traspiés, i fué a tropezar contra el Inca de una manera tan fuerte que le hizo esclamar:

—Voto a Cupay! amigo, no parece sino que estás bebido.

Ciertamente, Umuc estaba tan afectado que parecia ébrio.

—Vamos, Umuc, dijo Huayna Capac despues de haberlo hecho sentar en un mullido cojin, i levantando las cortinas de una ventana para que penetrasen las auras de la aurora, vamos, serénate, que tenemos algo que hablar.

—I el cuerpo de guardia? se atrevió a preguntar Umuc.

—Ese ya quedó atras.

—Pero no volveremos a él? inquirió de nuevo el hechizero, dominado por sus temores.

—Tal vez, respondió secamente el Inca.

Umuc respiró. I fué debido a este acto vital que empezó a salir de su estupor, para notar lo que hasta entónces no había notado, a saber: que se encontraba en una habitacion suntuosa, atestada de pieles i telas riquísimas, de útiles de oro, e impregnada de azahar. El trovador lanzó un prolongado suspiro: este olor le recordaba el aroma de los bosques, donde había pasado días mui felizes i libres.

Entre tanto, Huayna Capac se paseaba por el aposento, i pensaba en algo grave, al juzgar por su silencio.

Era el caso que el Inca buscaba el medio de hacer decir a Umuc toda la verdad en el negocio de la serenata sin tener que descubrirse, i sin emplear muchos rodeos, pues el tiempo urjía.

—Umuc! dijo al fin con voz solemne, he oído si no todas, por lo ménos la mayor parte de las estrofas de tu cantinela; i necesito que me expliques su sentido.

—Una vez, señor, que eres franco conmigo, yo tambien lo seré; mas, para serlo, es preciso que me digas categóricamente si eres de los prosélitos de Quizquiz i Challechima, o no; pues hasta tanto que yo no lo sepa, no podré entrar en ninguna explicacion contigo.

—Pues bien, no soi de los prosélitos de esos señores, apresurose a responder Huayna Capac, que empezaba a entrever algo.

—Te creo.

—Habla, pues, Umuc; habla que estoi impaciente.

—Has de saber, señor, que habiendo yo trabado amistad hace ya para muchos años con un hombre llamado Lloque, que ahora es soldado al servicio de Quizquiz i Challeuchima, llegamos a ser tan íntimos, que jamas existió secreto entre los dos, i siempre nos hemos mirado como hermanos. Ese Lloque es hombre esforzado i valiente, por lo que luego que fué conocido por aquellos dos apusquipaycuna, segun su sistema de rodearse de todos los valientes, lo tomaron a su servicio; i le cojieron tanto cariño, que pronto llegó a ser el hombre de su privanza. Hoi su principal encargo es el de seguirlos a la distancia, i prevenirlos, por medio de un silbato, si los espian o los amenaza algun peligro. Por lo cual Lloque es el depositario de todos sus secretos; que han pasado a ser los míos, sin que ellos lo entiendan, porque como ya lo he dicho, Lloque no tiene nada oculto para mí.

Al llegar aquí, Umuc contó a Huayna Capac todas las conversaciones habidas entre Quizquiz i Challeuchima ántes i despues del huaraco, relativas a sus proyectos de conspiracion, sin omitirle la conferencia del primero con el jóven Atabalipa en la avenida de la gran via; en la cual Lloque, deseoso de que no tuviera un término definitivo por consejos de Umuc, habia apremiado a Quizquiz con repetidos avisos de que eran asechados, como acaso no lo habrá olvidado el lector.

Huayna Capac escuchaba con asombro aquella relacion escandalosa, que le daba la clave de la conspiracion denunciada por el Amauta, i que llenaba su pecho de temores para lo futuro.

El hilo de la relacion trajo a Umuc a la visita que Quizquiz le habia hecho la tarde del dia último, so pretexto de proveerse de bálsamos para el ejército; pero en realidad con el objeto de hacerse a un veneno activo i mortífero con que privar de la vida al Inca.

—Luego que tal visitante me dejó solo, continuó Umuc, me puse en marcha para acá, a fin de imponer de todo al Inca, mi señor, o alguno de sus parientes; pero no habiéndome permitido lo humilde de mi condicion penetrar a palacio, resolví tomar el traje de trovador, i venir por donde he venido, a denunciar tan negro crimen ante las ventanas de este palacio, esperando que alguien de la servidumbre del Inca oyese mi mal forjada cántiga, i lo previniese.

Huayna Capac estaba mudo de asombro. Oía, pero estaba mui léjos de creer que estuviese despierto: tan estraña le parecía la verídica narracion de Umuc.

Al cabo, recobrándose de su estupor, dijo a este:

—¿I sabrás decirme, buen Umuc, por qué razon, sin conocer tú al Inca personalmente, ni haber recibido favor de él, te has tomado todo ese interes i trabajo, arriesgo manifiesto de tu existencia?

—Por mi deber.

—Por tu deber?

Sí, por mi deber de súbdito fiel.

Había tal acento de convicción i sinceridad en el lenguaje de Umuc, que Huayna Capac le estrechó la mano con efusión, i le dijo:

—Pero sin duda que tú tendrás el contraveneno para salvar la vida al Inca, caso que el atentado llegue a consumarse?

—Sí, lo tengo.

—Entónces vas a entregármelo.

Umuc vaciló.

—Por qué vacilas?

—Porque si el no llegara a manos del Inca...

—Sospechas de mí.

—No digo tal; pero el asunto es tan delicado. Recuerda, señor, que va en él nada ménos que la vida del Inca, esto es, el porvenir del país.

—Tienes razon, Umuc: el asunto es grave.

—Qué haremos entónces?

—Recuerda que el modo como nos hemos avistado esta noche, te ha dado mil autoridades sobre mí, i que hasta ahora has sido el superior; que el descubrimiento de este secreto, en pro de su importancia, nos haga trocar de situaciones.

—No comprendo.

—Quiero decir que permitas que llegue mi vez; que me dejes interrogarte.

—Interrógame.

—Empezaré, pues, por donde tú empezaste: quién eres, dí?

—Yo?

—Sí, tú.

—Un camayuc, tú lo has dicho.

—Pero qué camayuc?

—Del servicio de Huayna Capac.

—No es lo bastante.

—¿I si te digo quien soi, vacilarás en darme el contraveneno?

—Sí, i no.

—Sí i no?

—Sí, si eres lo que estoi mui léjos de creer; i no, en el caso contrario.

—Espera, dijo Huayna Capac saliendo de la estancia, voi a decirte quien soi.

—En qué parará todo esto? se preguntó Umuc.

Pasó un largo rato; i ya nuestro haravec empezaba a fastidiarse, cuando apareció Huayna Capac resplandeciente con su vestidura real, i escoltado por una veintena de camayucuna, que le hicieron compañía hasta el dintel del aposento.

—El Inca! exclamó Umuc cayendo de rodillas, i besando los piés a Huayna Capac. El Inca! el hijo del Sol, i yo estoi en su presencia!

—¿Por qué te sobrecojes? no insististe en saber quién era yo!

El asombrado trovador nada respondió; i como un hombre próximo a la locura, apartaba su mirada atónita de las paredes cubiertas de curiosidades riquísimas, de los hermosos pájaros disecados, lámparas de oro, cortinas de pluma, mantas, almohadones, i armas de temple superior i obra primorosa, de que estaba repleta la habitacion, para fijarla solo en la figura de Huayna Capac, destacada a sus ojos como una vision.

Por último, haciendo un esfuerzo supremo, sacó de su seno una cajita de madera de sándalo, e inclinándose humildemente delante del Inca, la puso a sus piés, no atreviéndose a darsela en la mano.

Huayna Capac se sonrió, i levantándola le dijo:

—Ahora, Umuc, es preciso separarnos, pues ya es de dia, i no quiero que nadie sepa tu entrada a palacio, para lo cual te conducirán hasta el jardín, i tú regresarás por donde viniste.

Umuc hizo una reverencia.

—El Inca continuó: conviene que por espacio de tres dias, lo oyes bien? no pierdas de vista a tu amigo Lloque, a fin de saber a punto fijo todo lo que hagan esos señores para participármelo. Pasados estos tres dias, quedas en libertad de hacer lo que te acomode.

Huayna Capac dió en seguida a besar su mano a Umuc, quien se reputó soberanamente pagado con esto; i, marchando tras de Sinchi, llamado al efecto, salió de palacio algo mas tranquilo de lo que había entrado, cuando ya el sol despuntaba por el oriente.

#### — XVII —

El próximo dia era el de la gran fiesta del Raymi.

El Raymi entre los habitantes de Tavantinsuyu era lo que es el Bairan entre los turcos, o la pascua entre los cristianos.

Ora sea, ora no sea, una cosa providencial, la idea de la Divinidad ha sido una idea uniforme en todos los pueblos de la tierra; i tanto en el viejo como en el nuevo mundo, ella fué siempre la primera concepcion del hombre al civilizarse. Idea que, grocera en su principio, no se refería, como no podía referirse, precisamente al Dios único i verdadero, tal como está aceptado hoy por todo el orbe ilustrado; sino a una especie de ser superior, indefinido i adorado bajo formas sensibles. De ahí el Brahma de la India, el Tao de la China, el Akerene de la Persia, de cuyo seno salieron Ormuzd-principio bueno, i Arhiman-principio malo, i tantos otros dioses, precursores del Olimpo de los griegos, muestra estupenda de la facundia humana; que si bien con el tiempo han perdido su prestigio divino, no han perdido su prestigio profano, i Júpiter tonante, Hércules el esforzado, Vénus la hermosa, i hasta Baco el borracho, no han muerto aún, salvo que no viven con la vida del empirio, ni liban ya nectar ni yantan ambrosía.

Los tres grandes focos de civilizacion americana, a saber: el pueblo azteca, el chibcha i el peruano, no solo tenian una idea muy adelantada de la Divinidad, sino que su culto externo había llegado hacerse notable por su magnificencia.

Como una deducccion de la idea de la Divinidad, los peruanos creian en la inmortalidad del alma i en la resurreccion del cuerpo.

A la idea de la inmortalidad, seguía su accesoria i consecuencial de las penas i recompensas futuras. Penas que hacian consistir en el destino del alma a un lugar situado en el centro de la tierra, esento de toda felicidad; i recompensas fijadas en una vida siempre creciente en inefables delicias.

Era Pachacamac el gran ser invisible de los de Tavantinsuyu, cuyo templo único estaba en el valle en que después fué levantada por el célebre Francisco Pizarro la muelle *ciudad de los reyes*, hoy la opulenta Lima. Este templo era el centro comun de todos los peregrinos del imperio; i su construccion se hacía datar como anterior al advenimiento de la dinastía inca.

Empero, la deidad suprema del pueblo de Tavantinsuyu era el sol, que rejía todos sus destinos, que daba vida a la naturaleza vegetal, i era el padre de sus reyes. Para ella había altares en todos los templos del reino, i templos en todas las ciudades, donde nunca se apagaba el fuego de los holocaustos.

A la adoracion del sol seguía la de la luna, su esposa i hermana; i la de las estrellas, entre las que distinguian a Chasco o "el joven de la larga cabellera" (la Vénus de nuestros dias), como la compañera inseparable de aquel. Rendian así mismo culto al trueno i al relámpago, los tremendos ministros del sol, i al arco-iris, como una fuljente emanacion de sus rayos.

Constituía el culto del sol la atencion peculiar de los incas, cuya política mejor o mas profunda consistía en mantener viva entre las masas populares la tradicion de su desendencia de él, como el lazo de union que ataba mas fuertemente los cuellos de ellas al suave yugo de su imperio. A la verdad, tal era la preferencia que le daban, que asombro nos causa todavía la pintura sorprendente de su pompa litúrgica, i la innumerable cantidad de sacerdotes i vírgenes de su servicio.

El templo mas antiguo del sol era el del lago Titicaca, que por haber sido el punto de partida de Manco Capac i de su consorte, se reverenciaba de una manera especial; i el mas suntuoso el Coricancha, de que luego hablaremos.

Las festividades religiosas tenian lugar entre los de Tavantinsuyu todos los meses; pero las únicas notables de su complicado ritual, eran las cuatro que se celebraban a nombre del sol, especialmente la del Raymi, que tenía lugar en el solsticio de verano, i a la que asitía toda la nobleza del reino.

Como ya queda dicho, el dia siguiente al de la serenata de Umuc, era dicha fiesta entre los de Tavantinsuyu.

Durante los tres dias precedentes a ella se había observado un ayuno ríjido i jeneral, i se había apagado el fuego en todas las casas.

En el cuarto i último, Huayna Capac, rodeado de la corte i del pueblo, esperaba en la gran plaza del Cuzco la aparicion del astro del dia, para saludarla segun costumbre en tales ocasiones.

La madrugada era oscura; i las pocas estrellas que aun alumbraban iban desapareciendo poco a poco. El tiempo estaba frio.

Apareció el día.

Un prolongado grito de aplauso escapose de los labios de aquella multitud palpitante, al cual siguieron cánticos de gozo acompañados de una infinidad de instrumentos de varia melodía.

Huayna Capac, tomando en sus manos una gran copa de oro, hizo una libacion en honor del padre de la luz, con el sora de que estaba llena. El resto se repartió en seguida entre sus reales parientes.

Pasada esta ceremonia, la comitiva se puso en marcha para el templo.

Era este el Coricancha, construido de piedra labrada, i rodeado de capillas i de una estensa muralla de granito. Era su interior magnifico: la pared occidental, frente a la puerta del centro, i en la que estaba incrustada la imájen del sol en la forma de un rostro humano ornado de rayos, formábala una ancha lámina de plata. Dicha imájen era de oro i pedrería, i sobre su faz venian a estrellarse los rayos matutinales con una reverberacion tal que iluminaban todo el pavimento. Las cornisas i columnas interiores eran tambien de oro, lo mismo que la ancha i bruñida faja que circundaba sus gigantescos muros.

Una de las capillas laterales estaba consagrada a la luna, cuya efijie, lo mismo que la del sol, ocupaba un costado entero, i era de plata. Las restantes lo estaban a las estrellas, al arco-iris, al trueno i al relámpago. El arco-iris era todo de piedras preciosas combinadas, como para imitar sus mezclados colores; i era tanta la riqueza de los vasos sagrados i demas útiles del templo, que los mismos naturales, que casi puede decirse que despreciaban el rico metal émulo del éter, habian designado aquel augusto santuario con el nombre *lugar del oro*, que es lo que *coricancha* quiere decir en su lengua.

Pero no solo eran de oro i plata los astros: éranlo tambien los altares, éranlo las bóvedas i paredes, éranlo los vasos sagrados, las cañerías subterráneas, las pilas; éralo, en fin, todo aquel templo casi fabuloso, en donde, en urnas de primorosa orfebrería, ardian el ámbar i el aloe en incesante oblacion.

Acia el centro de la gran nave se contaban hasta doce vasos colosales, tambien de oro puro, colocados circularmente, i repletos del maiz sagrado de la última cosecha. \*

Ultimamente, podíase reputar el Coricancha como un verdadero alcazar, si se atiende a su estension, i a los muchos edificios i jardines de que estaba rodeado, i que eran el domicilio habitual de los cuatro mil sacerdotes i dos mil i tantas vírjenes de su servicio!

Mas ¿qué fué de tan soberbio monumento? Preguntaremos nosotros abriendo un paréntesis a nuestra narracion, i apremiados por las conside-

\* Las islas del lago de Titicaca se cultivaban entre los peruanos con este grano, cuyo producto anual se repartía en pequeñas porciones entre los almacenes públicos del imperio, para que santificase el abasto que ellos encerraban: tanta era la virtud que se le suponía!

raciones filosóficas que ella no ha podido ménos de sujerirnos; i nos ponderemos con el historiador. "Sobre el mismo terreno que ocupaba el espléndido Coricancha, se elevó despues la majestuosa iglesia de Santo Domingo. Sementeras de maiz i de alfalfa crecen hoi en el mismo terreno en que brillaban antes los dorados jardines del templo; i el fraile canta hoi los oficios de la iglesia católica en el recinto sagrado que ocupaban ántes los hijos del sol!"

A la cabeza de los sacerdotes encargados de la custodia i servicio del templo, estaba el pontífice o gran sacerdote, nombrado Villac Uma. Este era solo inferior en nobleza al inca, i siempre se elejía de entre sus parientes mas allegados.

La procesion, a cuya cabeza marchaba Huayna Capac, entró pronto en la larga calle que conducía al templo del sol, i a cuyos dos lados estaban los sacerdotes vestidos de blanco i formados en fila. En esta calle todos se quitaron las sandalias, escepto el Inca i su familia, i continuaron el camino descalzos.

En la puerta del templo recibió el gran sacerdote a Huayna Capac, i despues de saludarlo i presentarle las llaves de la casa de su dios, le quitó reverentemente las sandalias i le condujo al altar, por enmedio de los coros de Vírjenes coronadas de flores i radiantes de hermosura.

Cosa estraña! solo unos cuantos ñusticuna, no mas, de la innumerable comitiva del Inca entraron con él en el templo; i el resto, así como el pueblo i el ejército, permaneció en sus vastísimos umbrales.

Una vez Huayna Capac ante el altar, arrodillose; sacerdotes, ninfas i nobles lo imitaron. Fue su prez muda i breve.

Terminada esta, Huayna Capac volvió a presentarse a sus súbditos, i se dió principio por el gran sacerdote al sacrificio.

Tuvo lugar este en un hermoso rebano, negro como el ébano, cuya luenga piel había sido rizada con primor, i cuya pesuña era tersa como el marfil. El animal, como las víctimas de todo holocausto, estaba coronado de flores.

Colocáronle sobre al altar, i presentando su cuello flexible a la segur del sacrificador, no lanzó el mas leve balido, durante una onda de sangre manchó de rojo su pecho.

El sacerdote, despues de haber examinado sus entrañas, pronosticó mal para el imperio.

Un susurro de alarma i descontento dejose oír entónces del lado de afuera, i el pueblo pidió otra víctima.

Trajéronla en efecto; mas, sacrificada como la primera, dió el mismo resultado.

Quizquiz i Chalchuma, que estaban al lado del Inca, se cambiaron una mirada de asombro. Huayna Capac sorprendió aquella mirada.

El pueblo por esta vez guardó un profundo silencio: el silencio del terror i la supersticion.

Procediose en seguida a encender el fuego sagrado, para lo cual tomó el sacerdote un espejo cóncavo, de metal bruñido i forma circular, que, reuniendo los rayos del sol en un foco, sobre un copo de algodón, al principio produjo una columna de humo tenue, luego dejó ver un puntito negro, i, por último, una onda espesa i azulada. El dios de los de Tavantinsuyu acababa de enviarles una chispa de su sagrada esencia!

En esta chispa prendió el sacerdote un haz de mieses secas, i puso fuego a las rajadas de leña que formaban la pira funeral de las víctimas. Desaparecieron estas entre un torbellino de llamas.

Las Vírgenes se encomendaron en seguida de la preservación del fuego.

Terminada la gran ceremonia religiosa, tuvo lugar el banquete popular, donde se sirvieron centenares de rebanos. Huayna Capac dió principio a él brindando por la felicidad de sus súbditos; i luego regresó a su palacio, seguido solamente de sus guardias.

El pueblo empleó el resto del día en embriagarse i bailar; pues aunque distinto del de nuestros días, a este respecto tenía muchas conexiones con él. El pueblo en asunto de fiestas siempre será el pueblo.

—Parece, señor, dijo Challeuchima a Huayna Capac durante el camino, parece que no te ha afectado el ominoso vaticinio del Villac Uma?

—Ciertamente que no; i mientras tenga a tí i al brazo Quizquiz a mi lado, mis fuertes sostenes, no temeré ni las *conjuraciones* celestes.

El Inca pronunció estas palabras con énfasis.

—Gracias, dijeron los apusquipaycuna a la vez.

#### — XVIII —

Habian pasado los tres días durante los cuales Umuc tenía encargo de espiar escrupulosamente a Quizquiz i a Challeuchima por medio de Lloque, sin que nada notable hubiese ocurrido.

Era, pues, el cuarto día.

El Inca daba en él un suntuoso banquete a sus parientes, en su espléndido palacio de Yucay.

Quizquiz i Chalcuchima, aunque no eran de la familia real, tenían asiento en el banquete como privados de Huayna Capac.

Es Yucay un valle fresco i delicioso, situado a corta distancia del Cuzco, i limitado al Este por la cordillera, que lo fecunda con sus abundantes i cristalinas corrientes. En este valle habian construido los incas el mas bello de todos sus palacios.

La fábrica del palacio de Yucay, como la de todos los edificios de Tavantinsuyu, no sobresalía precisamente por su forma arquitectónica, pues era un edificio rodeado de murallas i de aspecto monótono. Empero, los jardines de sus cercanías eran amenísimos, i sus bosques rebozaban en árboles gigantescos, pintadas aves i animales bravíos. Sus baños eran anchos i profundos aljibes de metal caprichosamente elaborados a la apacible sombra de las palmeras i de los olivares.



Pero nada eran las bellezas naturales de Yucay, no obstante la pródiga i variada vejetacion tropical, comparadas con aquellas con que lo había enriquecido la industria; i que no eran sino un magnífico trasunto de los jardines subterráneos de Aladino, de que nos hablan las *Mil i una noches*. Con efecto, al lado de las maravillas de la naturaleza, estaban las del arte, simulando pensiles inmensos, en que, arbustos, flores i frutos eran de oro i plata, lo mismo que las aves, cuadrúpedos i reptiles que lo vestían en diferentes direcciones.

Yucay era la residencia favorita de las concubinas de Huayna Capac, cuyo número, como las del rei Salomon, pasaba de trescientas; i era precisamente en él donde el Inca, cansado de los negocios públicos i hastiado de la corte, pasaba las horas mas dulces de su vida sibarita.

Cuando Huayna Capac previno a Umuc que solo por tres dias siguiese los pasos a los conspiradores, fue porque juzgó ese tiempo bastante para tomar sus medidas. Tomólas en efecto durante él, terminando por dar a sus parientes i favoritos un banquete en su palacio de Yucay, en prueba del buen estado de su humor i premio a su adhesion.

No hai para qué decir que el tal banquete fué espléndido; i que el sora, el vino mas regalado de los de Tavantinsuyu, corrió en él a rios, sirviéndole de preciado cáuce los vasos de oro del servicio de Huayna Capac.

La comida se compuso de asado de rebano, mariscos, papas, hortalizas i pan de maíz, amasado por las Vírgenes del Sol; de frutas varias, especialmente plátano, ese hermoso vejetal, que, como álguien dijo, parece destinado a librar al hombre de la primitiva maldicion de ganar el sustento con el sudor de su rostro. Despues de las frutas, sirviéronse dátiles i coca. Desígnase con este último nombre las hojas secas al sol de un árbol pequeño, i que, mezcladas con sal, era el alimento favorito de los nobles de Tavantinsuyu. Esta coca, así preparada, tiene mucha semejanza con el betel de los orientales i el mate de Paraguai.

Fue la conversacion durante la comida poco animada pero familiar. Huayna Capac, segun la costumbre inmemorial sajona, propuso varios brindis a sus cortesanos. Fué uno de ellos por los *leales servidores del inca*, para el cual invitó mui especialmente a Quizquiz i a Challcuchima.

Aunque el uso entre los de Tavantinsuyu era el de permanecer sentados a la mesa bebiendo hasta mui tarde, en esta ocasion se levantaron temprano; parte de los jóvenes se fueron a danzar con las mujeres de Huayna Capac, i parte a presenciar la farsa en que se representaba la vision del príncipe Ripac.

El tema de la farsa era el siguiente: receloso Yahuar Huacac del carácter turbulento de su hijo Ripac, tuvo a bien desterrarlo a cuidar los ganados del Sol en las inmediaciones del Cuzco; donde, en medio de truenos i relámpagos, se le presentó una fantasma espantosa, a anunciarle la insurrección que tenían dispuesta contra su padre algunas provincias del reino. Ripac dió oportuno aviso a este; pero no fué creído, hasta que triunfadora la insurreccion i fujitivos él i su familia en las montañas, tuvo el mismo Ripac que abandonar su destierro, i poniéndose a la cabeza de ocho mil combatientes, derrotó a los rebeldes, despues de un combate

sangriento de algunas horas. Yahuar conoce, aunque tarde, su injusticia i recompensa a su hijo con el cordon imperial, retirándose en seguida a Muina, con su esposa.

Huayna Capac fué de los que concurrieron a la representacion.

Quizquiz i Challcuchima lo habian dejado marchar: tanta era la necesidad que tenian de encontrarse solos. Luego que lo estuvieron, dijo el primero al segundo:

—Has notado el sarcasmo que encierran las palabras del Inca?

—Mucho que lo he notado; i bastante que me temo una catástrofe.

—Habrá descubierto algo?

—Pero de qué modo?

—Tal vez Atabalipa...

—Me parece imposible; le he visto últimamente, i está mas decidido que nunca.

—Pues entónces?...

—Entónces nada; habemos muchos en el secreto, pues?

—No; pero el quipus enviado a tu hermana?...

—Qué?

—Habrá llegado a su destino sin contratiempo?

—No se puede saber todavía; pero sí me atrevo a responder de la fidelidad del chasqui.

—Sea de ello lo que fuere, bueno será, Challcuchima, que no andemos descuidados. Hoi mismo creo que se debe hacer uso del breva; todo lo demas está preparado.

—Así lo creo.

Un camayuc que se acercó en aquel punto a los dos apusquipaycuna les indicó que el Inca deseaba tenerlos a su lado.

Aquel camayuc era Sinchi, el capitan de sus guardias.

Cuando Quizquiz i Challcuchima llegaron donde Huayna Capac, los farsantes tocaban el pasaje en donde Ripac, olvidando las injurias paternas, abandonaba el pastoreo de los ganados del Sol, para ir a salvar el imperio i restituir a su padre al trono.

—Que bello es esto! dijo el Inca a los dos favoritos; qué alma tan noble la de Ripac, no os parece, señores?

Los dos guerreros se inclinaron.

—Tal es la conducta de los leales servidores, añadió al terminar la funcion Huayna Capac; yo tambien hubiera abdicado por él. Un aqui comun, habría movido guerra a su padre i negado el país en sangre, o acaso le hubiera quitado la vida traídoramente con el dardo o el veneno.

Las últimas palabras del Inca penetraron hasta el fondo del corazon de Quizquiz i Challcuchima con una resonancia lúgubre.

La noche, como todas las consagradas a la diversión, pasó rápidamente. Las danzas estuvieron alegres, no obstante la tristeza jenial de Coya, la Tercicore de aquella fiesta.

El día siguiente fué el señalado para la caza. Esta entre los de Tavantinsuyu no era en nada comun con la que introdujo en Europa el feudalismo, i que luego se hizo la ocupacion favorita de los reyes del continente. Queremos decir que la caza no tenía lugar entre los de Tavantinsuyu con el fastuoso aparato de monteros,alcones, caballos i lebreles; ni, mucho ménos, que era para cojer osos i javalíes, como entre aquellos se acostumbraba. Entre los de Tavantinsuyu no se perseguía mas que al rebano, que empleaban los naturales como acémila, i que era el cuadrúpedo doméstico de mas importancia que conocian.

Es el rebano de mayor corpulencia que la oveja comun, se alimenta fácilmente, i puede pasarse varias semanas sin beber. Conócense en el país cuatro clases: el llama propiamente dicho, la alpaca, el huanaco, i la vicuña, libre moradora de las rejiones altas, donde se alimenta del ichua (el jarava de la Flora peruana), i produce una lana mas fina que le da las cabras de Siria o el armiño de Rusia.

Concurrían a la gran cazería, que tenía lugar todos los años, cerca de cien mil hombres, que, formando un inmenso cordon circular, arriaban de las montañas i del bosque al llano todos los animales que encontraban, desencamándolos con sus gritos, comparables solo al tremendo *guazabara* de los Muiscas.

Iban estos cien mil hombres todos armados de palos i lanzas, con las que mataban a las fieras que hallaban al paso, i presentaban una barrera inespugnable a sus asustadizas víctimas. Barrera movable, que, estrechándose mas i mas, quedaba reducida a un pequeño círculo, que servía de aprisco seguro a millares de rebanos.

Entónces empezaba la matanza de todos los machos, cuyas pieles se conservaban cuidadosamente para el vestido de los nobles; i cuya carne se cortaba en hilas para distribuirla al pueblo, el cual formaba con ellas el charquí, o *tasajo* de nuestros días.

La suerte de la vicuña era distinta, pues los cazadores se contentaban con esquilmarla i volverla su libertad.

Aplicábase el rico producto de estos esquilmos a la construccion de tapices i colchas para adorno de los palacios imperiales i de los templos, cuya obra era igual por ámbos lados i de una delicadeza suma.

Empero, la cazería que debía tener lugar en Yucaj no era una cazería tan numerosa como esta, puesto que solo se reducía a perseguir uno o dos gamos, i clavarles el venablo o la zaeta en la fuerza de la carrera. A este ejercicio, pues no era otra cosa, concurrían las mujeres de los nobles.

La cazería de Yucaj, por tanto, no tuvo nada de notable; i el día se pasó en el bosque, donde se sirvió la comida.

Por la noche, Huayna Capac llamó a una de las mas apartadas estancias de Yucay a Quizquiz, a Chalchuhima, al Amauta, i a los curacas i demas personajes de su consejo que estaban presentes.

A juzgar por los semblantes, algo terrible i solemne debía pasar en él.

—Qué será? se preguntaban todos, consejo en el lugar del descanso i de la fiesta? debe ocurrir sin duda algo extraordinario!

Los consejeros fueron citados uno a uno, i todos fueron conducidos por un camayuc distinto a la presencia de Huayna Capac, al traves de los corredores repletos de guardias.

Una mirada de estupor era el saludo de todos; solo el Inca se mostraba impassible, dejando jugar en sus labios una sonrisa de mal disfrazada burla.

Cuando ya todos los que se esperaban estuvieron reunidos i sentados al rededor del Inca, tomó este la palabra, i con voz pausada, como si quisiera que se pesasen bien cada una de sus palabras, dijo:

—Muerto mi augusto padre Tupac Yupanqui, fuí exaltado al tiana de los incas, que por derecho de herencia me pertenecía; i puedo decir con orgullo, que mi exaltacion apénas recompensaba mis servicios, inmortalizados en las felizes jornadas que me dieron posesion del reino de Quito como conquistador.

Al subir al tiana, debo confesarlo, no tuve otra idea que la de hacer felizes i grandes mis súbditos. Vosotros sois testigos de mi conducta; i podeis decir si he hecho o no todo lo que estaba de mi parte para lograrlo.

Durante la paz, estuve el primero en el consejo; i durante la guerra, el primero tambien en el campamento.

Comprendiendo las tendencias i necesidades de mi pueblo, armonicé con las primeras, i satisfice las segundas; esto, hasta el punto de poderme hoy gloriarse de los resultados de mi gobierno, conjuntamente con vosotros. Durante el cual no ha faltado al pueblo ni alimento ni abrigo, a la nobleza acatamiento, ni al Sol adoracion.

Empero, no vais a creer, ni por un instante, que yo he tenido el capricho de reunirlos aquí para hacer mi propia alabanza, abusando de mi condicion de inca i poniendo a prueba vuestra paciencia. No; os he reunido para un grave asunto de gobierno, que si bien es cierto que está conexionado directamente conmigo, atañe tambien a vosotros, como a todo el país en jeneral. Sí, creedme: no es mi alabanza la que intento hacer; ella, si es que la merezco, pertenece a los anales de la historia; mas, si os he recordado brevemente, sin entrar en detal alguno, mi conducta, ha sido para poderos preguntar despues, como en efecto os pregunto ¿tiene ella algo de censurable?

—No, respondieron con voz firme varios de los consejeros.

—Pues bien, continuó el Inca, si como vosotros lo reconoceis, ella no tiene nada de censurable; si soi yo un aquí honrado ¿entónces por qué se conspira contra mí?

Huayna Capac pronunció estas últimas palabras con emoción. Los miembros del consejo callaron todos, mientras su mirada discurría atónita por la estancia.

—Ah! no respondeis, observó el Inca con amargura.

—Pero si es imposible! murmuraron algunos.

—Imposible decis, cuando puedo mostraros a los conspiradores con el dedo (Quizquiz i Challecuchima se estremecieron); cuando tengo las pruebas en mi poder (Quizquiz i Challecuchima pensaron en el quipus enviado a Scry Pacha); cuando vivo, en fin, por un milagro del cielo!

Los circunstantes guardaron silencio.

El Inca continuó:

—A fe que poco me importa morir, eso me sucederá si no hoy, mañana; pero si no me importa morir, sí me importa la suerte que se le espera a mi nación. I es por esto que os denuncio el hecho, pero el hecho desnudo; pues en cuanto a los nombres de los conspiradores i los incidentes de la conspiración, nada os diré, porque nada quiero decirlos: ellos deben vivir, i vivirán ocultos en mi memoria, como los fines que mi justicia les señala.

Ahora, señores, ya estais prevenidos; retiraos, i obrad como vuestra conciencia os aconseje.

Los consejeros se pusieron de pié e hicieron ademán de retirarse.

—Esperaos, el Inca añadió: para asuntos del reino, tú, Quizquiz, marcharás esta misma noche a tomar el mando de las balzas que esperan en el puerto; del que las manda actualmente recibirás mis instrucciones.

Tú, Challecuchima, marcharás esta misma noche también en dirección del Atacama; la jente que debe acompañarte está ya lista en la fortaleza del Cuzco, i tiene mis órdenes sobre el particular.

Los dos apusquipaycuna se inclinaron mas pálidos que la muerte.

Huayna Capac salió seguido del resto de los consejeros.

Al salir, dijo Quizquiz a Challecuchima:

—Estamos perdidos: vamos al destierro.

—Vamos a la horca, respondiolo este.

Al llegar al último peristilo de Yucay, los alcanzó Sinchi i les dijo:

—El inca mi señor os desea feliz viaje i pronto regreso; i os encarece que en lo sucesivo busqueis mas fieles servidores, para que no os pase lo que esta vez.

Los ilustres proscritos nada respondieron, i saliendo del palacio, tomaron pensativos el camino de la ciudad.

Al próximo día apareció Lloque muerto de un golpe de huactana en uno de los arrabales del Cuzco. Quizquiz i Challecuchima habian partido sin duda para sus respectivas comisiones, pues nadie daba razón de su paradero.

FIN DE HUAYNA CAPAC